

# La Ilustración Artística

HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID

Año XIV

BARCELONA 8 DE ABRIL DE 1895

Núm. 693



El Domingo de Ramos en Madrid,

composición y dibujo de Narciso Méndez Bringa, grabado por Thomas

## SUMARIO

**Texto.** — *La Semana Santa*, por Emilio Castelar. — *Semblanza. Federico de Madrazo*, por R. Balsa de la Vega. — *La Semana Santa en Sevilla (boceto)*, por José Gestoso y Pérez. — *Mater Dolorosa*, por R. Balsa de la Vega. — *Divagaciones*, por M. Ossorio y Bernard. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.*  
**Grabados.** — *El Domingo de Ramos en Madrid*, composición y dibujo de Narciso Méndez Branga. — *Retrato de D. Federico de Madrazo y fragmento de su cuadro Las Marías en el sepulcro.* — *La Semana Santa en Sevilla: Nuestra Señora del Valle. La expiación. Sagrado descendimiento y quinta Angustia de María Santísima. Nazareno. Santo Cristo de las Palabras. Nazareno. Nuestra Señora de la Esperanza. Centurión. Santo Cristo de la Conversión.* — *La Magdalena*, cuadro de Juan Muzzioli. — *Jesús delante de la casa de Ahseverus*, cuadro de F. Thiele. — *El entierro de Jesucristo*, cuadro de Federico Augusto de Kaulbach. — *Una visión*, cuadro de Napoleón Gradi. — *Mártires del Cristianismo*, cuadro de Erico Brunkal. — *D. José Coroleu é Inglada*, eminente literato é historiador. — *El cardenal Benavides*, arzobispo de Zaragoza. — *Los ángeles velando el cadáver de Santa Cecilia*, cuadro de De Vriendt.

## LA SEMANA SANTA

Dos de las mayores culpas en esta sociedad patentes, á no dudar, son el triste olvido de las ideas religiosas, y con las ideas religiosas, de nuestra muerte irremisible. Aunque nos muramos cada cual á nuestra respectiva hora, como se morían todos nuestros progenitores, no solemos acordarnos del inevitable trance, ni á su llegada con tiempo aperebirnos, procediendo cual si hubiéramos de permanecer aquí para siempre y ser inmortales sobre un planeta en que reinan desde su primitiva formación la guerra con la muerte. Por tal olvido punible paréceme cosa gustosísima para el sentimiento estético y buena para la vida toda esta semana, consagrable más que ninguna otra en el año á la meditación sobre lo divino del obscuro misterio que nos envuelve por todas partes y sobre lo cierto de la eternidad que á todos nos aguarda en sus insondables abismos.

A mí ningún año me cuesta, ni esfuerzo, ni trabajo, dar de mano á cuantas faenas me asaltan sin tregua, y separarme de sitios y deberes ajenos á la religión en esta octava. Comenzando porque desde la infancia lo hice así con fervor, y concluyendo por confesar el crecimiento en mi ánimo de todos los símbolos recordados en este sacro tiempo, á medida que más conozco el mundo y más estudio la historia, no contaré un secreto si cuento mi asistencia perenne á todos los oficios de tales días y mi facultad de sentirlos como al balbucear el primer latín eclesiástico en la escuela y ayudar de niño por mandato del maestro y ruegos del párroco á misa, guardada en mi memoria, pues tras medio siglo rumio aún sus oraciones de corrido y entre dientes, y á la callada todavía repito en salmodias internas los prefacios y el Gloria y el Credo, como si anduviera por mi valle levantino en aquellas primaveras ornadas con los almendros en flor primeramente y más tarde con los cerezos en fruto, escuchando toda ella mezclarse al pío de las golondrinas recién llegadas y al gorjeo de los ruiseñores recién anidados el repique de las campanas y el arpegio de los órganos en la iglesia.

¡Domingo de Ramos! Ninguna ceremonia excede durante la Semana mayor en poesía viva é interés dramático á esta ceremonia. Tanto es así, que solemos llevarla como un hermoso cuadro en la retina: el pueblo con sus arrebatos de regocijo y sus aclamaciones de entusiasmo, rodeando en muchedumbres muy crecidas al Salvador de los hombres, montado en su asnillo, y recibiendo con serenidad, que oculta el presentimiento de los dolores próximos, aquellos homenajes; los mantos tendidos á sus pies, lavados en el Cedrón; los ramos de olivo con las palmas de triunfo vibrantes sobre su cabeza, la cual va ceñida de un hermoso nimbo, cuyos rayos despiden, ¡ah!, no resplandores materiales, ideas vivificadoras y etéreas. Pocos espectáculos tan bellos como la procesión de tal día dentro de la iglesia. El clero vestido de morado entona salmodias melancólicas, mientras las palmas áureas y los ramos cenicientos de olivo y los puñados de bien oliente romero, al armar el aire y encantar la vista, recuerdan la Palestina con sus oscuros bosques junto al desierto con sus palmeras, evocando una escena de hace dos mil años con la verdad y relieve, cuyo secreto guardan las liturgias y los ritos de las grandes religiones históricas. Este prólogo de hosannas, de triunfos, de vítores, precediendo á la tempestad de insultos inferidos y á la preparación de holocaustos aparejados para la inmolación del justo, nace tanto del seno mismo de la naturaleza humana y se repite con tal insistencia en la historia universal, que todos, grandes y pequeños, gentes coronadas de laureles y gentes vulgares, pobres y ricos, lo hemos experimentado en nosotros mismos, viendo mil veces cómo el favor

de la tornadiza opinión cambia cual el viento, y la gloria más merecida se trueca en torcedor, y el trono de los renombres más fundados en patíbulo, y en corona de espinas las diademas brillantes del rey con los lauros inmortales del poeta.

Una parte del pueblo, los judíos espiritualistas, veían en Cristo el Mesías prometido á su raza por los profetas; y otra parte del pueblo, los judíos carnales, veían en Cristo el revolucionario preparado á redimirlos de la servidumbre deshonrosa en que los tenía la dominación romana. Pero los comentadores de la Biblia, el cuerpo de los escribas, que iba componiendo la maravillosísima obra llamada Talmud, y los principales sacerdotes del templo, los fariseos, denominados así porque separaban el santuario y el dogma judaicos de todo contacto con la idolatría, habiendo conseguido por pactos entre reyes como Herodes y gobernadores como Pilatos, bajo césares deseosos de paz, un útil convenio, cuyos cánones les permitían vivir en el nido de su ciudad y de su templo bajo las dos alas del águila imperial, veían en Cristo un perturbador, ido allí al desastroso fin de remover los ánimos contra el emperador y contra el imperio. Mas Cristo, muy sabedor de que las sociedades no pueden renovarse, como no se renueven antes las almas que las forman y componen, conjuraba estos recelos del sacerdocio, separando el poder temporal del poder espiritual, á cuya separación podía sin reservas instituir el tributo de los ases al César y á Dios el tributo de las íntimas oraciones juntas con las buenas obras.

El Miércoles Santo evoca, en este gran poema litúrgico de la Semana mayor, los presagios de Cristo acerca de la ruina del templo, fulminados desde la cumbre del Olivete y oídos como una blasfemia imperdonable por todo el sacerdocio. Quien desee sentir por sus fibras el escalofrío de lo sublime, leyendo cómo Cristo aseguró las apocalípticas desolaciones de Jerusalén, cumplidas lustros más tarde, no tiene sino leer el capítulo XIII de un Evangelio tan primitivo y candoroso como el Evangelio de San Marcos. Los hijos de Jerusalén debían subirse á las montañas como en tiempo del diluvio; los que anduvieran por los tejados, no descender á las casas; huir los trabajadores del campo, dejando sus vestiduras con presteza y sin volver por ellas; recelar del hijo el padre y de la mujer el marido; abstenerse todos de la generación para no engendrar esclavos; porque se levantarán pueblos contra pueblos y reinos contra reinos; la guerra entrará desoladora por los espacios y la sed con el hambre por las fauces; morirán á cuchillo los pequeñuelos y como reses de holocausto los mayores; hasta que no quede ya en la ciudad de David y en el templo de Salomón piedra sobre piedra, todas calcinadas por las teas de unos ejércitos semejantes á los ángeles exterminadores que han de barrer con sus exterminadoras espadas el polvo de los soles y arruinar al estremecimiento de un terremoto profundo con los choques de sus alas todo el Universo.

El Jueves Santo aparece todo cambiado. El negro capuz que cubre las cruces se ha convertido en blanco; las vestimentas de luto en vestimentas de fiesta; los altares sombríos en focos luminosísimos, oyéndose á una el alegre repique de las campanas con el armonioso acento de los órganos. Y en verdad hay razón para todo ello, pues Cristo instituyó en tal día, viendo lo próximo de su muerte, aquel sacramento de la cena mística, por cuya virtud, muerto en la cruz, enterrado en Getsemaní, subido al Tabor, y transpuesto al cielo, todavía está entre nosotros, los humanos, transubstanciada en la Hostia de los altares su carne inmaculadísima y su sangre fecunda en el vino de los cálices. Desde que Cristo anunció la ruina del templo, los sacerdotes no le dejaron vivir en paz, he dicho antes, y le persiguieron á una con verdadera saña. Mas Jesús, redoblando contra ellos sus inectivas, decía que gustaban del primer lugar en las sinagogas, del primer asiento en los festines, del primer saludo en los mercados, y les reconvenía por llamarse á guisa de reyes señores, cuando sólo debe haber para los hombres, iguales en su naturaleza, un solo señor, nuestro Dios que está en los cielos. Desde tal momento los fariseos captaron al pueblo y le pusieron cantos en el puño para que lapidasen á Cristo. Y Jesús les preguntó por qué le apedreaban. Y ellos le respondieron que no le apedreaban por sus obras, sino por sus palabras, porque siendo un hombre mortal se llamaba Dios á sí mismo. Y Jesús, extrañado de tales reconveniones, respondióles con pregunta en verdad sencilla: «¿Pues no dicen los Salmos que somos los mortales sin excepción hijos de Dios?» Entre las sentencias de los sacerdotes y el clamoreo de las muchedumbres convencieronle de que se hallaba próxima la hora de su

muerte. Y quiso en una cena despedirse de sus discípulos. En todos los siglos y en todas las religiones, sentarse á la misma mesa, repartirse los bocados del mismo pan, beber vino en común, hablar en amor y compañía significa una comunión de ideas y de sentimientos que sostienen á las almas como la bebida y el manjar á los cuerpos. Lo cierto es que la humanidad de Cristo debía en todos los humanos perpetuarse, y la misma divinidad por las venas de los redimidos difundirse, merced al pan partido y al cáliz apurado en aquella cena santísima, que nos ha reunido en la santa comunión de una misma dignidad y de un mismo derecho, á fin de que, habiendo sido libres, iguales, hermanos todos en esta vida, tengamos en la otra el amor divino para saciar la sed inextinguible del corazón, y la verdad absoluta para llenar el pavoroso abismo de nuestra inteligencia.

Y llega el Viernes Santo. La torre del templo, muda; los hogares, cerrados, como en lutos y duelos recientes; el fuego sacro, extinto; sin vestiduras y sin sacras los altares; caídos los candelabros; oscuras las lámparas; el treno de Jeremías, que transmite á las piedras yertas con sus lamentos latidos de corazones desgarrados; el miserere, murmurado por rumores que creerías vibrantes en labios de muertos; la cruz, desceñida de sus velos, alzándose triste y sola sobre tanta desolación; el santuario, vacío y con sus dos puertas francas, semejante á un sepulcro profanado; Cristo, desnudo y yerto, mostrando en el cuerpo rígido y en la cabeza ensangrentada y en los labios cárdenos las señales de su martirio, la hiel y vinagre, las espinas, los clavos, las lanzadas del pecho; nuestra Madre la Virgen María, envuelta en túnicas negras y negros mantos, abandonada, triste, moribunda, sus manos amarillas como las de un cadáver, amarillo su rostro cual las manos y lleno de lágrimas cuajadas en él como granizos ¡ay!, horrores trágicos son aumentados por la grandeza y la poesía del culto, en los cuales vemos pasar, tras nubes de lágrimas, todas nuestras horribles tragedias continuas. Pero no sólo el Evangelio nos demuestra el lado pésimo de nuestra vida en la pasión del Salvador, sino que también el feliz y óptimo en el Sermón de la Montaña, cuyos dichos colman todos nuestros deseos y nos presentan todas las esperanzas. Los pensamientos suyos fundan la eterna redención del espíritu. Allende lo que dicen ellos, nada podría decirse. Imaginando una divinidad superior á cuantas han visto las más puras inteligencias y anunciado los más afluentes labios, no podría esa divinidad concebir ideas superiores á las contenidas por Cristo en el Sermón de la Montaña. Y no digáis que antes Chridna enseñó parábolas como esas en las orillas del Ganges; no digáis que los libros referentes á los muertos en el viejo Egipto contienen esperanzas análogas respecto de la inmortalidad; no digáis que Sócrates había bebido la cicuta por el dios de su conciencia y que Platón había revelado la espiritualidad íntima del alma bajo los árboles del Pireo; las revelaciones casi nacionales ó de raza, difundidas por las riberas del Ganges y del Nilo sacros; los dogmas encerrados en escuelas científicas ó comunidades sectarias; los dichos profundos y sabios de un filósofo cualquiera; la doctrina sublime neoplatónica; el principio moral estoico; todo lo coincidente con las alboradas y albores de la revelación cristiana ó todo lo anterior, no puede acercarse, ni de lejos, al Sermón de la Montaña, inspirado por el mayor corazón de la Humanidad. No regatearé yo la perfecta sabiduría clásica del diálogo que lefa Catón poco antes de morir por fortificarse y resolverse al sacrificio por la libertad y por la patria. Los acentos del Timeo, lanzados por Platón, el profeta, el divino, el sublime, consolarán un alma patricia con pensamientos hondos como la humana ciencia; pero no serán aquellos granos de trigo que llevaba Jesús por Nazareth, por Tiberiades, por toda Galilea en sus dedos, y con los que reclama y atrae á sí las almas de los pobres, de los infelices, de los ignorantes, de los humildes. Esa, Redentor nuestro, ha sido la ciencia tuya; esa la virtud tuya, superiores á todas las virtudes y ciencias. Tú has caldeado los sublimes pensamientos de la sabiduría universal en el fuego de tu corazón ardentísimo; los has contenido en parábolas sencillas como el aroma de los lirios y como el cantar de las alondras; los has dado en comunión á los labios del perseguido, del opreso, del esclavo: luego has muerto por ellos. Los espacios podrán enrollarse como un pergamino á las llamas del incendio final, podrán extinguirse como pavesas frías arrastradas por el soplo de la muerte los astros del firmamento; pero tu Evangelio jamás podrá cerrarse ni tu Verbo divino perderse, porque los han dictado á la humana lengua y los han encendido en el alto cielo tu caridad y tu amor.

EMILIO CASTELAR

Madrid, 1.º de abril de 1835



Las Marías en el sepulcro, fragmento de un cuadro de D. F. Madrazo

## SEMBLANZA

Pocos meses hace he tenido que cumplir en estas mismas columnas el triste deber de trazar el artículo necrológico de este ilustre pintor, maestro de varias generaciones de artistas, figura interesantísima desde el punto de vista del arte, jefe de una evolución en España en las ideas y en los procedimientos plásticos, nombre que la historia ha apuntado en sus páginas.

Al intentar hoy evocar su recuerdo, delineando como sepa y pueda su retrato moral, especialmente en aquella fase de la vida que pudiera llamarse familiar ó íntima, siento algo, allá en lo hondo de mi alma, que se parece al vacío que deja en los afectos, así el amigo con quien establecemos, además de las cordiales relaciones del trato social, las intelectuales, como el contrario con quien contendemos en el campo de las ideas: que para mí, en el terreno de la vida intelectual es tanto ó más grande el vacío que deja el compañero y colega que milita con nosotros bajo una bandera, como el que deja aquel que bajo los pliegues de la contraria sostiene las opuestas tendencias. No quiero decir con esto que á D. Federico Madrazo le considerase como contrario mío; él había sido jefe indiscutible, y yo no soy más que uno de los últimos soldados bisoños de la generación nueva que defiende otros puntos de vista y otras teorías enteramente diversas á las defendidas y mantenidas por Madrazo: si digo todo esto es para hacer constar mi admiración por el ilustre artista, y por lo tanto el grado de sinceridad con que voy á emprender la tarea de retratarle.

Llámase todavía á la familia á que perteneció don Federico la *dinastía de los Madrazos*. De dos maneras se ha dado valor á esta denominación: los admiradores de familia donde tantos hombres ilustres hubo y hay aún, estamparon la frase como elogio; los que pensaban que esos hombres ilustres imponían á modo de autócratas su criterio en cuestiones artísticas, hicieron uso de la denominación citada para patentizar la perennidad de una dominación que ellos creían perjudicial para el desarrollo de la vida del arte. Sabido esto, voy á referir una anécdota que aun cuando yo no pueda salir garante de su veracidad, retrata sin embargo de tal modo el carácter del maestro, que me hace inclinarme á darla por sucedida.

No recuerdo con qué motivo, un periódico de segunda fila atacó rudamente á los académicos de la de San Fernando, poniendo á los inmortales de oro

y azul; concluía el articulista encarándose con D. Federico, llamándole «autoridad anticuada» y otras lindizas por el estilo, amén de «individuo de una dinastía de reyezuelos oficiales del arte.» (Por cierto que el artículo á que me refiero iba firmado con un seudónimo.) Uno de tantos amigos officiosos que tienen los hombres que ocupan lugar evidenciado en el mundo del poder ó del saber, no tuvo cosa de más prisa que llevar el artículo á D. Federico. ¡Ah! Me olvidaba agregar que en el artículo se le llamaba *cabestros* á los académicos. D. Federico leyó sonriendo aquella sarta de sandeces, y al devolver el periódico al amigo le dijo:

— Pero ¡Dios mío!, ese periodista debe haber visto alguna burra cuando escribió ese artículo. En mí descubre un reyezuelo de una dinastía, y en los académicos una raza de mansos; pero ¡vea usted lo que son las cosas!, él descubre su progeñie, enseñándonos los cascotes y las orejas.

En otra ocasión decía, también á propósito de lo de la *dinastía*: «Yo no sé por qué me echan en cara eso; hasta ahora no he mandado ahorcar á ninguno de mis enemigos.»

Entre sus innumerables discípulos los tenía que le querían de un modo entrañable, y realmente cuantos hemos recibido lecciones suyas, aun aquellos más refractarios á su manera de ser y de pensar como pintor, le respetaban y se inclinaban ante él cuando con el carbón ó el pincel en la mano corregía el contorno de una figura. Las correcciones las acompañaba casi siempre con dichos agudos, á costa del corrigiendo, y más de una vez le costó la corrección al discípulo ponerse á punto de llorar ó de abandonar la clase, renunciando á la enseñanza de D. Federico. A propósito de lo que vengo diciendo, recuerdo los siguientes sucesos:

Era D. Federico Madrazo, al propio tiempo que director de la Escuela, profesor de la clase de colorido. Una mañana entró en la clase, y tomándole la paleta á uno de los alumnos — en la actualidad querido amigo mío — se quedó mirándola, porque no había en aquella colores apenas, excepto una porción de azul.

— ¿Puede usted darme la receta de pintar sin colores?, porque yo gasto en ellos un dínal al cabo del año.

Y revolviendo el azul con la punta del pincel se puso á «encajar» la figura; pero estaba ésta tan desvencijada, que ya un poco amostazado D. Federico se vuelve hacia el alumno, que tenía unos grandes ojos negros, y le dice con voz seca:

— Pero hombre, ¿para qué le sirven á usted esos ojos tan hermosos?

Las carcajadas con que todos los alumnos acogieron el dicho fueron unánimes, pero entre todas las risas sobresalía la de un andaluz. Tocóle á éste el turno de la corrección; Madrazo había vuelto á recobrar su buen humor (cáustico siempre), y como viesse que el andaluz de marras — que era ya un mocetón y se daba aires de artista hecho y derecho «con mucha luz en la paleta,» como él decía, — el maestro se coloca bien las gafas, movimiento este muy típico de D. Federico, y echándose las manos atrás le dice con tono pausado:

— De dibujo está mal esa figura; en cambio el color lo ha copiado usted de un puchero.

También tuvo el insigne maestro equivocaciones terribles en lo de adivinar la disposición de sus discípulos para el cultivo del arte. Referiré dos de esas equivocaciones, no mencionando los nombres de los que merecieron de Madrazo el juicio que voy á traducir. Los interesados figuran hoy, por virtud de sus altos méritos, en primera línea entre los grandes pintores españoles contemporáneos.

Copiaba el primero de los citados pintores una figura del natural en la clase de colorido. Madrazo venía admirando hacía algún tiempo la fe y la asiduidad con que el alumno trabajaba; pero á pesar de esta admiración, no podía ocultar la poca confianza que le inspiraba tanta labor. Ese día, Madrazo, después de haber contemplado durante un rato lo que el alumno hiciera, movido por aquel humor mordaz que tan á menudo le tomaba, le pide la paleta y los pinceles, y en cuatro trazos dibuja la figura que al discípulo le estaba costando tantos sudores «meter en caja.» Al devolverle la paleta, le dice D. Federico fríamente:

— Es lástima que pierda usted el tiempo en este aprendizaje, estando tan necesitada de brazos la agricultura.

Verdad que, á pesar de lo cruel del dicho, el joven siguió asistiendo puntualmente á clase, y tanto trabajó y tanto luchó, que venció por fin y en toda la línea.

El segundo caso fué con motivo de unas oposiciones á las pensiones de Roma. Entre los opositores estaba un joven que ya mereciera el honor de una medalla en reciente Exposición nacional de Bellas Artes. Llega el segundo ejercicio, que consistía en dibujar una figura del modelo vivo. D. Federico vota en contra de la del joven citado y con D. Federico el resto de los jurados. El opositor no pudo terminar las oposiciones.

Dos años más tarde alcanzaba el aludido, con un cuadro de una sola figura, una medalla de oro.

D. Federico Madrazo fué el pintor español que más mujeres aristocráticas retrató. Yo creo que este éxito entre las damas lo debía tanto el insigne artista á sus talentos de dibujante admirable cuanto á su buen gusto estético y á su conocimiento de mundo. Una vez que por necesidad de mi oficio fuí á verle á su estudio, y con su exquisita amabilidad me enseñaba retratos que hiciera hacía más de cuarenta años, como me mostrase el de una actriz célebre que si debía de haber sido muy hermosa, según sus contemporáneos la celebraban, me pareciese sin embargo mucho más bella en el retrato, le dije ingenuamente que para mí era un secreto el saber retratar una mujer fea, embelleciéndola, sin que por eso padeciese nada el parecido.

— Es cuestión esa, aparte del dominio de la técnica — me dijo, abarcándome con la profunda y escrutadora mirada de sus ojos azules, — en la que entra de por mucho la edad del artista y la de la retratada.

Y sin hacer caso de la sonrisa que asomó á mis labios, prosiguió:

— El sentimiento estético tiene tres períodos; los mismos que tiene la producción artística individual. El primero, sin rumbo fijo: ¡claro, la cabeza y el corazón están solicitados por distintas ideas y sentimientos!: el segundo es de madurez de juicio; man-

da la cabeza, pero pone el corazón de su parte vehemencias hermosas, entusiasmos; en fin, por ese camino todo lo que usted quiera: el tercero es de pura reflexión, la cabeza es dueña absoluta del campo. Me dirá usted que así y todo no se explica más que á medias el secreto; pues mire usted, se explica por entero. En el último período suple á los entusiasmos y vehemencias de los dos primeros períodos el refinamiento que se ha adquirido del gusto y el dominio de la técnica.

— Perfectamente, D. Federico; yo le doy á usted gracias por esta lección de estética tan bien explicada; pero todavía queda un cabo suelto — le dije. — ¿Qué importancia tiene en este caso la edad de la retratada?

Entonces fué el ilustre pintor quien se sonrió.

— Importancia casi capital — me contestó. — Por fea que pueda ser una joven, la juventud siempre tiene líneas y colores finos y delicados. Si el artista sabe aprovecharse de esos elementos, puede llegar con facilidad, relativa indudablemente, á corregir el tipo sin que el parecido deje de existir. Pero si la retratada es vieja y además fea, ya esa rectificación de la naturaleza ofrece mayores dificultades. Hay que adivinar á través de la atrofia de la línea y de la color quebrada el tipo posible de relativa belleza que haya podido advertirse en sus buenos tiempos.

D. Federico era un admirador cariñoso de sus hijos, especialmente de Raimundo y de su yerno Mariano Fortuny. Un día (conste que esto que voy á relatar lo he oído contar de distintos modos) llamó la atención á Raimundo, porque éste llevaba algún tiempo sin coger los pinceles. Raimundo, cediendo á la indicación de su padre, hizo el retrato famoso de su hermana Cecilia, esposa que fué del autor de *La Vicaría*. «La obra de Raimundo — dice D. Federico á un crítico famoso entonces (y ahora) — es la obra de un artista de raza.»

He aquí, según tengo entendido, la frase de la cual arranca la otra, la de *dinastía de los Madrazos*.

A D. Federico Madrazo debe hacérsele más justicia de la que generalmente se le ha hecho, en lo tocante á alentar á los artistas y á aceptar las manifestaciones nuevas del arte. Cuando la crítica toda y una buena parte de los pintores atacaban rudamente el cuadro de Rosales *El Testamento de Isabel la Católica*, poniéndole enfrente, como muy superior bajo todos conceptos, el de Gisbert los *Comuneros*, Madrazo decidió la votación para concederle la medalla de oro á Rosales, dándose el caso de que obras tan opuestas como las citadas obtuviesen la misma recompensa. Y ¡lo que son las cosas! Entonces, si hemos de creer lo que nos cuentan testigos presenciales de las discusiones medio críticas medio políticas — porque la política representaba por aquellos días papel importante en todo — que con motivo del cuadro *El Testamento* se sostenían, llegaron á decir las gentes que la violenta diatriba que contra dicho lienzo había escrito el insigne autor del *Sombrero de tres picos* estaba inspirada por D. Federico. Pocos días después el voto del maestro desvanecía la acusación.

Hablando una tarde en su estudio del concepto que merecían generalmente los artistas á las gentes, especialmente á las señoras, me decía el insigne pintor, sonriendo irónicamente:

— Ahora ya puede darse por concluida esa prevención malévolá; pero yo recuerdo que allá por los años treinta y tantos ó cuarenta, y aun después, la fama de que gozábamos no era la de gente bien avenida con la moral.

Y me refirió el suceso que va á continuación y que relata su hermano D. Pedro, si no estoy equivocado, en uno de los números del periódico *El Artista*, del que era propietario el propio D. Federico, y al mismo tiempo colaborador artístico y literario.

Sorprendió á dos señoras en la calle un fuerte chaparrón; refugiáronse en un portal, y cuando más descuidadas estaban, entra un joven preguntando si vivía en la casa un pintor. Como el portero le contestase afirmativamente, las señoras, á pesar de la lluvia que entonces caía á torrentes, se lanzaron de nuevo á la calle huyendo, como si alguien las persiguiera.

— Pero, ¿por qué hicieron ustedes eso? — les preguntan unas amigas, ante las cuales se lamentaban de la mojadura.

— ¡Ay, hija!, porque allí vive Fulano; y ya sabes la fama que tienen esas gentes.

Y después de referirme este lance, decía D. Federico:

— No debían pensar lo mismo aquellas damas que, cual la duquesa de Ferrara, se hacían retratar como vemos en las Venus del Ticiano y como las que Rubens pintó en cuadros como el *Jardín del amor*.

Y termino estos ligeros recuerdos haciendo notar el gran tacto que distinguía al ilustre artista para cuanto se relacionase con la vida social. Pocos hombres ilustres habrán sabido conservar latente su autoridad y prestigio durante serie tan larga de años como la que vivió, y á pesar de haber dejado últimamente, por causa de sus achaques, la vida activa. La última prueba de este tacto hubo de darla días antes de su muerte, regalando al Círculo de Bellas Artes, al cual jamás mirara con buenos ojos, y con destino á la rifa que dicha sociedad organizara para erigir una estatua á Velázquez, los retratos al óleo de Bárbara Lamadrid y de Arjona. La prensa y el público exclamaron:

— ¡Oh! ¡Los retratos de Madrazo!..

R. Balsa de la Vega

## LA SEMANA SANTA EN SEVILLA

(BOCETO)

I

Inundada de torrentes de luz que se desbordan de un cielo azulado purísimo y transparente, como las pupilas de una Virgen del pintor de Fiesole; adormecida con el voluptuoso perfume de los azahares, de las rosas y de las madreselvas; acariciada por el tibio aliento de la primavera; entre las vagas armonías que parten de lo infinito y que el viento lleva en sus alas, bulliciosas y alegres como los ecos de la juventud, ó tristes y melancólicas como las notas arrancadas en el silencio de la noche de la morisca guitarra acompañando los cantos de *polos* y *carceleras*; ceñida su frente con la aureola de gloria que el Arte, la Tradición y la Poesía han ido formando en el transcurso de tantos siglos; envuelta en el espléndido manto de su historia inmortal, como visión deslumbradora y magnífica, ataviada con la fastuosa pompa del Oriente y con todos los esplendores de la naturaleza del Mediodía, muéstrase á nuestros ojos el singular conjunto que ofrece este privilegiado rincón de la tierra andaluza, en los días solemnes en que la Iglesia conmemora el mayor y más cruento de los sacrificios, que termina con el último suspiro del Dios Hombre, lanzado desde la cumbre del Calvario.

Si en esos días penetráis por las tortuosas y estrechas calles de la ciudad, con sus casas blanquísimas, con sus ventanillos entretejidos de verdes pámpanos, con sus azoteas coronadas de claveles, sus persianas y celosías, sus mezquinos vanos y sus restos de brillantes azulejos, cuyas irisaciones semejan mosaicos de nácares y oro; si os detenéis ante las puertas de señorial palacio ó de una casa de vecindad, por todas partes veréis bullir incesante de gentes, animación desusada; un deslumbramiento de vida, si se me permite la frase, tan alegre, tan exuberante, tan fascinador, que con nada puede ser comparado por su originalidad. Sonrisas y cantares, rostros morenos, cuyos correctísimos óvalos tienen por marco cabelleras de ébano, en las que van prendidos ramos de claveles y de rosas; ojos negros ó garzos entre cuyas grandes pestañas centellean provocativas miradas; labios de fuego que sonríen; talles esbeltísimos como los juncos de los ríos; pies menudos que apenas si huellan el suelo; mantillas de negras y transparentes blondas; pañolones de Manila con anchos y movibles flecos y esplendentes colores; sedas y percales almidonados, que crujen, brillan y se revuelven airosos con ligeros movimientos de las torneadas cinturas, y que dan lugar á mil requiebros y agudezas de los mozos que se aproximan al grupo de muchachas, que aguardan ansiosas la llegada de las cofradías en las plazas, en las bocacalles, en cuantos lugares más ó menos cómodos encuentran; pues todo se sobrelleva con gusto en cambio de ver la procesión desde su comienzo á su fin, y si es posible, en primera fila. Por los sitios más principales de la carrera que han de seguir las cofradías, á uno y otro lado de la calle están dispuestas largas hileras de sillas que se alquilan; los balcones, las ventanas, azoteas y tejados contienen un enjambre de criaturas, en cuyos rostros retrátase la impaciencia y la alegría, que más de una hora antes de la fijada para el paso de la procesión han acudido para tomar buen sitio. Las gentes que llegan de nuevo pretenden colocarse en los primeros puestos, ó atravesar aquella compacta muralla humana que cierra apretadamente la entrada de las bocacalles, y es de ver entonces los empujones y codazos de los unos, la resistencia de los otros, los chistes que á este propósito se cruzan, las frases burlonas é irónicas con que se motejan con mil dichos picantes que revelan la espontánea agudeza de este pueblo, al cual bástale una sola frase, concisa y gráfica, para herir oportunamente y con gracejo y donaire singular. Mientras

tanto los vendedores de flores perfuman el ambiente con sus canastos henchidos de rosas y violetas, y al par pregonan con robustas voces:

Yo traigo flores  
De mil colores,  
Traigo violetas,  
Y traigo rosas  
Que á todas las niñas las güerven locas.  
Estrellitas de la mar,  
A cuartito rositas encarnás

Apláudenle todos al escuchar el pregón, y no es de extrañar que de pronto se oiga la voz de otro émulo celoso de aplausos que cante:

Floremitas e mayo  
Matita e jazmines  
Le daré á la gaché que camelo  
Pa que no me orvie.  
Y traigo capuyos  
Con er cabo suyo.

«¡Olé la gracia!» gritan todos con verdadero entusiasmo. «¡Viva tu mare!»

Mas prosigamos nuestro camino y demos vista á la plaza de San Francisco, en cual lugar aparece el cuadro más genuinamente sevillano con toda su brillantez y todos sus encantos. Al pie de la monumental fachada de las Casas Capitulares corren dos filas de palcos, una más elevada que otra, ambas henchidas de gente, así como todo el ámbito de la plaza, cuyos balcones ofrecen la misma compacta muchedumbre, sobre todo los días más clásicos de cofradías, que son los de Jueves y Viernes Santo por la tarde y por la madrugada; pero antes de describir estos cuadros permítame, lector amigo, que haga un paréntesis para decir algo acerca de la historia de nuestras celebradas procesiones.

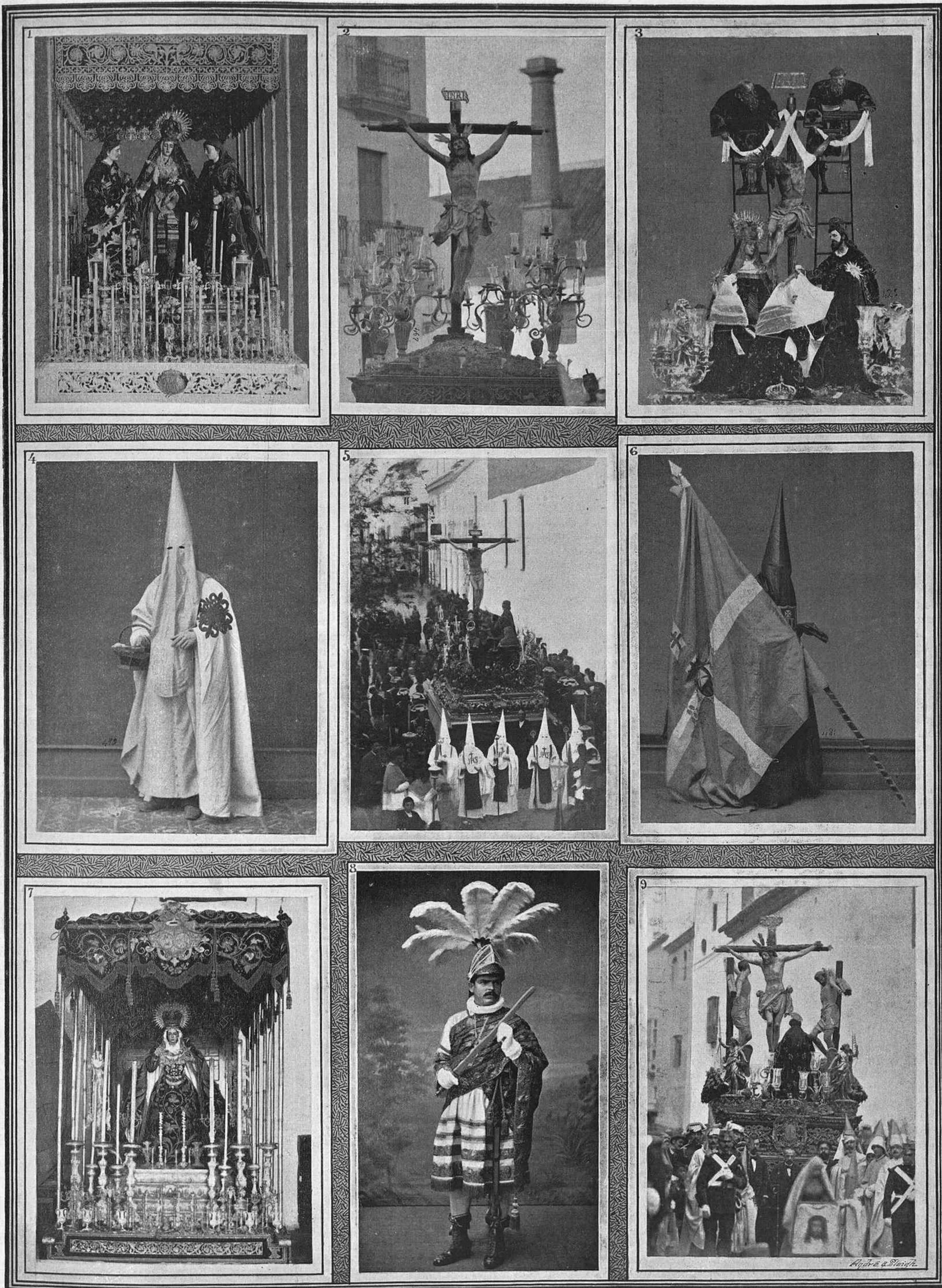
II

Ni su origen es conocido, ni creo que será fácil esclarecerlo, pues los archivos de las hermandades no conservan noticias anteriores al siglo XVI, y en cuanto á éstas, sólo sabemos que las contienen muy corto número de aquellas corporaciones. Que desde la reconquista de esta ciudad por Fernando III se establecieron hermandades religiosas para promover el culto á determinadas efigies, es punto innegable; pero el origen cierto de las que hoy llamamos *cofradías*, ó sean aquellas que hacen procesionalmente sus visitas al templo metropolitano, no estimo que puedan ostentar abolengo anterior á la XVI centuria. En esta fecha aparecen las que se llaman de *Penitencia*, *Sangre* y *Luz*; las dos primeras, como indican sus títulos, porque públicamente sus cofrades solícitaban del Altísimo el perdón de sus culpas, macerando sus carnes á veces con tal fervor que el erudito Morgado, que escribía á fines de aquella centuria, se expresa, hablando de estos pormenores, en los siguientes términos: «Verdaderamente es un espectáculo devotísimo ver la ciudad en los días de Semana Santa toda regada de sangre, derramada en memoria de la Pasión del Señor;» y un historiador contemporáneo consigna que hubo de abusarse de estas penitencias, pues algunos disciplinantes usaban de signos ó señales para ser conocidos, alardeando otros de su piedad en la sangre que derramaban, y añade que hubo hermandad que alquilaba disciplinantes, cuando entre sus cofrades no tenía el número suficiente de aquéllos.

La costumbre de estas públicas flagelaciones permaneció hasta los tiempos de Carlos III, que con muy buen acuerdo las prohibió por su cédula expedida en el Buen Retiro á 20 de febrero de 1777.

Primitivamente parece que las procesiones de Semana Santa componíanse tan sólo de un estandarte ó cruz, seguían los hermanos en dos filas y otras personas devotas acompañando á un crucifijo, llevado casi siempre por un sacerdote. Introducido más tarde el uso de *parihuelas*, que son las que llaman hoy los sevillanos *pasos*, sobre ellas colocaron las efigies, que eran conducidas por los cofrades, como aún se acostumbra en muchas partes de España, los cuales iban vestidos de una túnica, sujeta á la cintura con una soga, llevando envuelta totalmente la cabeza en un capuchón con dos agujeros para los ojos.

El analista Zúñiga, hablando de las cofradías de su tiempo, dice que «en ellas se ve una de las mayores grandezas de Sevilla, en la cantidad de cera, en lo lucido de estandartes, guiones y banderolas, en la plata de insignias y varas, en lo rico de los pasos, á que con muchos grados no es comparable lo que se hace en otra alguna ciudad de España, y en que siendo en la cristiana devoción que las fomenta igual en todas el fruto de la devoción á lo ostentoso de la exterioridad, no puede desearse cosa de mayor ejemplo y de más cristiana grandeza...»



LA SEMANA SANTA EN SEVILLA. - 1. Nuestra Señora del Valle. - 2. La Expiación (Triana). - 3. Sagrado descendimiento y quinta Angustia de María Santísima. - 4. Nazareno. - 5. Santo Cristo de las Palabras (parroquia de San Vicente). - 6. Nazareno. - 7. Nuestra Señora de la Esperanza (San Gil). - 8. Centurión. - 9. Santo Cristo de la Conversión.  
(de fotografías del Sr. Beauchy, de Sevilla)

»Desprecian las cofradías en las insignias, cruces, candeleros, varas, campanillas y otras alhajas cuanto no es preciosa plata; desdeñan en faldones de los pasos, palios, estandartes, guiones y banderolas cuanto no es costosos bordados, subidas telas ó terciopelos. En sus pasos la mejor talla y la más perfecta escultura sólo se miran sin ceño, y la emulación (loable en esto) adelanta siempre sus demostraciones.» Y con efecto, las más costosas y ricas telas, las piedras y metales preciosos, las obras más acabadas de entalladores y escultores fueron los medios que emplearon las hermandades de los pasados siglos para demostrar su fe y su entusiasmo. Juan Martínez Montañés, Bernardo de Gijón, Duque Cornejo, Pedro Roldán y su hija Doña Luisa, Hita del Castillo, Jerónimo Hernández, el capitán Cepeda y otros habilísimos artistas dejaron memoria indeleble de su soberano ingenio en las portentosas efigies que ejecutaron, algunas de las cuales eran tan preferidas por sus mismos autores, que según tradición apoyada en el dicho de graves analistas, siempre que salía la imagen del Señor de Pasión, su autor, el celebrísimo Montañés, acudía con sus amigos á las bocacalles por donde pasaba, para contemplarla una y otra vez. Y en cierta ocasión, examinándola el arzobispo Sr. Despuig, acompañado de numerosa concurrencia, después de admirarla largo rato dijo que «le encontraba una falta;» y como le preguntasen cuál, respondió: «le advierto la de que no respira.»

El deseo de las hermandades de poseer efigies de gran mérito y exclusivas de las mismas, dió lugar á que la del Cristo de la Expiración, noticiosa de la pericia del capitán Cepeda, que floreció en el último tercio del siglo XVI, lo hiciera venir de Córdoba para que ejecutase una efigie del Señor en sus postrimerías, pero con la condición que había de ser de pasta para conducirla con más comodidad en el paso, la cual una vez terminada, si era á gusto de todos, se le pagaría lo convenido, rompiéndose entonces los moldes, como con efecto así tuvo lugar, y aquéllos fueron arrojados al Guadalquivir.

Llama la atención de los forasteros, justamente al parecer, que no guarden las cofradías en sus salidas el orden riguroso que fuera de desear, para ofrecer ordenadamente á la pública devoción los asuntos ó misterios que en sus pasos se representan, resultando de aquí que el Domingo de Ramos vemos á Cristo expirante y el Miércoles Santo se nos ofrece orando en el Huerto. La razón de esto fúndase en la antigüedad de las incorporaciones, que tan celosas han sido siempre en sostener sus prerrogativas en cuanto al día, hora y sitio en que cada una había de salir y ocupar con respecto á las otras, que es incalculable el número de litigios que se sostuvieron, hasta el punto de que en lo antiguo formábase un tribunal eclesiástico para fijar las condiciones de la salida á cada hermandad; costumbre que aún no ha desaparecido del todo, pues el sábado víspera del Domingo de Ramos hácese el llamamiento de las cofradías en la misma forma que se observaba en 1775. Antiguamente ninguna procesión salía antes del Miércoles Santo, y cada una de ellas dirigíase á visitar las iglesias de su devoción, procurando que la noche no les alcanzase en el camino: hoy, por el contrario, ponen especial empeño, para su mayor lucimiento, en salir tarde de las iglesias respectivas y todas hacen estación á la catedral.

Uno de los cuadros más sorprendentes que se ofrecen á los ojos de los que por vez primera lo contemplan, es el paso de las procesiones, en particular las de madrugada, por delante del Monumento en que se deposita la Sagrada Forma durante los días del Miércoles y Jueves Santo. La imponente majestad de la grandiosa basílica, los arranques de cuyas ojivas piérdense en las altas penumbras de sus bóvedas; la vivísima luz que arroja el colosal Monumento, cuya terminación toca á las claves de los arcos, todo él centelleante por las innumerables hachas de cera y magníficas lámparas de plata, cuyas luces reflejan singularmente en las riquísimas colgaduras de terciopelo franjado de oro que reviste los pilares próximos; el recogimiento de la muchedumbre de gentes que oran en torno de la magnífica custodia de plata, maravilla del cincel de Juan de Arfe, en cuyo hueco principal hállase expuesta la caja de oro que contiene el Cuerpo de Dios; el profundo silencio que reina por doquiera, interrumpido solamente por la severa salmodia de los sacerdotes ó por los acompasados pasos de los nazarenos con sus altos capirotos, negras túnicas, estandartes, banderas y guiones, y por último el momento en que se ve aparecer el divino simulacro de Cristo crucificado ó el de su Madre Santísima, resaltando en el fondo sombrío de las naves del templo, puede asegurarse que es de los que se sienten y con dificultad podría describirlo un privilegiado ingenio.

## III

Las cofradías que se presentan con más pompa son las que hacen estación en las tardes del Jueves y Viernes Santo y en la madrugada del primero al segundo día mencionado. Entre el bullicioso gentío que inunda las calles, formado del más heterogéneo conjunto, vense cruzar por todas partes nazarenos lujosamente vestidos de terciopelo verde, negro, morado, con gruesos cordones de oro á la cintura y los escudos de las hermandades respectivas bordados en los antifaces: lucen algunos túnicas blancas de finísimo merino, negras ó de colores, cuyas largas colas llévanlas recogidas en el brazo izquierdo, las de Holanda menudamente plegadas y rizadas, que darían envidia á la más pulcra planchadora de conventos, y entre esta muchedumbre descuellan los enormes penachos blancos y rojos de los armados, parodia ridícula de los legionarios romanos, que por fortuna se encuentran ya en el ocaso de su institución, pues antes eran muchas las hermandades que los lucían y actualmente son contadas.

A la caída de la tarde comienzan á pasar las procesiones por la plaza de San Francisco, y ciertamente sorprende el efecto que producen los pasos al desembocar de la calle de las Serpes. La riqueza de los palios de terciopelo y oro, sostenidos por robustos varales de plata; el número infinito de luces que alumbran las devotas imágenes, cuyas túnicas y mantos vense cubiertos de esplendentes bordados de oro; las nubes de incienso que las envuelven y las armonías de las músicas que tocan marchas fúnebres ó el canto majestuoso de los salmos, conmueven en alto grado á la multitud, que guarda el más religioso silencio, el cual de pronto se rompe por alguna voz vibrante, que con entonación tristísima entona una *saeta*, alusiva á la Pasión del Señor, diciendo:

Quién me presta una escalera  
Para subir al madero  
Y para bajar de él  
A Jesús el Nazareno.

Al terminar, extiéndese por la plaza sordo murmullo de aprobación, que cesa instantáneamente al escucharse el comienzo de otra *saeta*, las cuales van repitiéndose por todas las calles, pues entonces brotan de los labios de los sevillanos, como medio de expresar los sentimientos de tristeza que embargan sus almas y con la misma espontaneidad con que improvisan sus inimitables cantares amatorios, para dar así rienda suelta á sus impresiones del momento.

El ritmo de las *saetas* es de tal suerte melancólico, su cadencia tan triste, que parece prolongado lamento; y si se tienen en cuenta los pormenores y circunstancias en que se entonan, no será extraño que se vean resbalar por los morenos y aterciopelados rostros de mis paisanas lágrimas silenciosas que brotan del corazón. El efecto de estas coplas es aun más profundo é inexplicable cuando se escuchan en medio del silencio de la noche y durante el paso de las procesiones de madrugada, algunas de las cuales no llevan más música que un fagot, flauta y clarinete, con los que se acompañan los cantores que entonan las estrofas del *Miserere* ó de las *Lamentaciones*. En el intervalo que media entre una y otra de aquéllas, rompe el silencio una voz de mujer que canta:

La estrella más reluciente  
Detrás del sepulcro va,  
Sus ojos parecen fuentes  
Llorando su soledad.

Este mismo pueblo que durante la noche del Viernes Santo ha presenciado con tanto recogimiento el paso de las cofradías, y que lo hemos visto conmovido, silencioso y devoto, cambia súbitamente, ofreciendo singular contraste, cuando los primeros rayos del sol disipan las nieblas del crepúsculo y se reflejan en los brillantes chapiteles de las torres, en las cúpulas de las iglesias y en las aéreas cresterías de nuestra catedral. Todo entonces se convierte en bullicio y alegría, sonriente como la mañana que comienza; parece que se anima y se vivifica, y ¿qué mucho que el pueblo trueque su tristeza en regocijo, si hasta los mismos penitentes, sobre todo los de la Macarena, tan devotos de la Virgen de la Esperanza, olvidanse á veces del culto á Nuestra Señora por dedicarse al de Baco, ante cuyas aras ofrecen libaciones sin cuento? Los aficionados á estudios populares encontrarán ancho campo para su espíritu observador, si acuden á contemplar la entrada de la referida hermandad en su iglesia de San Gil. Cuando los vapores del vinillo trastornan los cerebros de aquellos cofrades, escúchense entonces verdaderos rasgos de ingenio; la sátira y la agudeza más refinada, las más absurdas ó gráficas

hipérboles campan con toda libertad, y el donaire de aquella gente, inquieta y maleante, luce á cada momento: requiebran los nazarenos á las mozas, responden éstas con la zumba y gracia en ellas innatas, y todas son risas y algazara y derroches de ingenio y alardes de viveza.

La *legión romana*, con las viseras de los cascos levantadas, los mantos descompuestos, sin guardar ya el riguroso orden de formación con que se presentara en las primeras horas, ha perdido la marcialidad, pero no el buen humor ni la *guasa fina* de la tierra, para emplearla también como sus hermanos los nazarenos. Tan poseídos se encuentran de su papel de soldados romanos, que muchos invierten sus ahorros del año, deducidos de un cortísimo jornal, pues la mayor parte son hortelanos, para costearse el traje; y no ha mucho que el capitán de una *centuria* vendió su pobre casa, único patrimonio que poseía, para costearse una riquísima vestimenta, luciendo aquel año un casco de plata con magníficas plumas, el traje de raso bordado profusamente de oro y en el calzado brillaban amatistas y topacios. Esta cofradía tiene por costumbre pasar, ya entrada la mañana, por delante del hospital central, que se encuentra extramuros, muy próximo á la Puerta de la Macarena, para que los pobres asilados tengan el consuelo de contemplar á la Virgen de la Esperanza, y es tradición recibida en el barrio que la veneranda efigie fué del hospital, que la cedió á la cofradía á cambio de un reloj de torre, pero con la condición de que si por cualquier evento entraba alguna vez el divino simulacro por las puertas de aquel edificio, quedaría privada de ella la corporación.

Dió lugar esta creencia á un grave escándalo, ocurrido en 1846, pues habiendo dispuesto los oficiales de la hermandad que la cofradía entrase en el hospital, una vez dentro el cuerpo de penitentes y el paso de la Sentencia, al ver los macarenos que iba á efectuarlo el de la Virgen, prorrumpieron en tales gritos, protestas y amenazas, que temerosos los cofrades de lo que hubiera podido ocurrir, retrocedieron todos al momento, con lo cual apaciguóse el tumulto.

Para que mis lectores formen juicio de la magnitud de algunos de los pasos, les diré que el referido de la Sentencia de Cristo consta de una magnífica peana tallada y dorada, construída á imitación de las antiguas del siglo XVII, sobre la cual se ve á Pilato sentado bajo dosel, con dos pajes á sus lados, el uno con jofaina y el otro con una toalla: delante de aquel juez está el Señor, sujetas las manos con cordones que tienen dos soldados, y á uno y otro lado, á lo largo del paso, sentados en sillones, seis consejeros. Todas estas doce figuras son de tamaño natural y algunas de verdadero mérito artístico y van conducidas sobre unas parihuelas con faldones de terciopelo, que ocultan á los mozos que las transportan en número de 25 á 30.

El Sábado de Gloria, una vez que las campanas de la Giralda anuncian la Resurrección del Señor, á cuyos repiques siguen las de todas las iglesias de la ciudad, atruenan el espacio las descargas de los que se gozan haciendo fuego contra los monigotes que representan á Judas, por medio de figurones henchidos de paja que pendientes de una cuerda tendida de balcón á balcón sirven de blanco, no sólo á los mozos, sino á los chicuelos que los ensucian y apedrean con verdadero regocijo en medio de una algazara diabólica.

El encanto, pues, de las mil deslumbradoras escenas que Sevilla ofrece durante su Semana Santa, puede afirmarse que no se borra jamás, y nunca he sentido más profundamente ese duelo del alma que se llama nostalgia que al verme alejado de mi ciudad querida en aquellos días, que despiertan en mi alma tantos y tantos recuerdos juveniles, que con su alegría son acaso el único consuelo de las tristezas del presente.

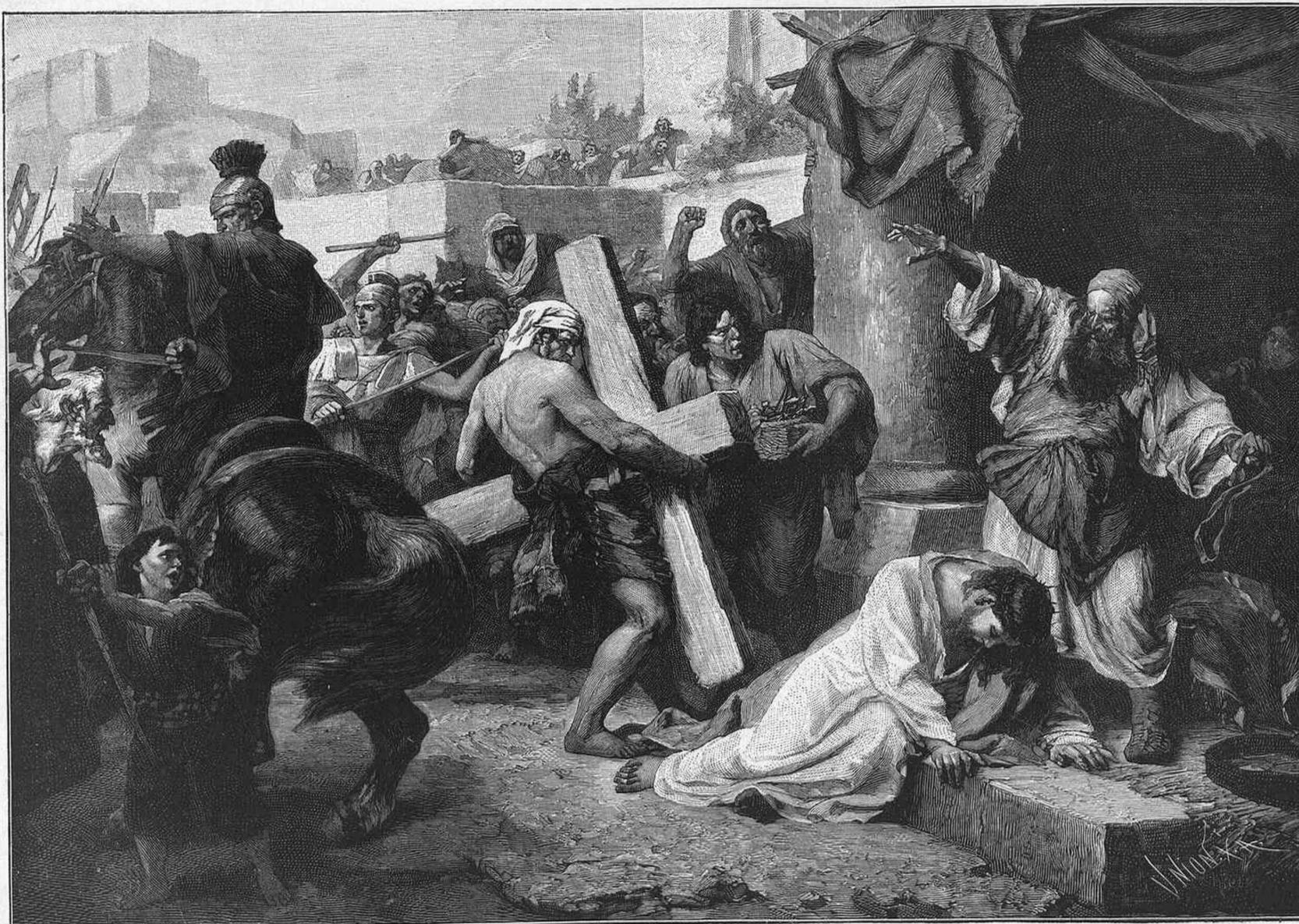
JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ

## MATER DOLOROSA

No escribo este artículo para las almas desnudas de fe cristiana. Pasen por alto esta página de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA cuantos no crean sinceramente, cándidamente, en la verdad de la plegaria que conocemos bajo la denominación de *Letanía de la Virgen*; cuantos no vean en ese hermoso cántico laudatorio, collar de perlas de oriente nítido, purísimo, que han ido engarzando cientos de generaciones de mártires, de santos, de ascetas, de fervorosos creyentes, para deponer á los pies de la Madre de Cristo; cuantos no vean en ese centón de frases de amor, de fe, de esperanza, escala de oro fulgente, trabajada por el cincel del arte cristiano para subir al Empíreo.



La Magdalena, cuadro de Juan Muzzioli



Jesús delante de la casa de Ahseverus, cuadro de F. Thiele



EL ENTIERRO DE JESUCRISTO, CUADRO DE FEDERICO AUGUSTO DE KAULBACH

No con los ojos materiales ha de aquilatarse la belleza perdurable; aquella que, cual el rodar de las nieblas por picachos, bosques y valles, no deja huella alguna y sí en la mente los contornos vagos, las indecisas líneas de cien figuras, como las de nuestros sueños de juventud ó las de nuestras exaltaciones en los momentos en que el alma, cuando, como enseña la mística doctora de Ávila, *dejando la casa sosegada*, sálese de ésta á vagar por los espacios infinitos del amor por el amor. Y á este género de belleza pertenece la que el sentimiento del que adora en Cristo adjudicó desde los primeros siglos de nuestra era á la Madre del Redentor del mundo.

Incontables son las obras de arte que ha inspirado la figura de la Virgen; y con ser tantas y el número de las que pueden considerarse como obras maestras casi imposible de escribir, á la Hija de Nazareth solamente se la adivina en poquísimas pinturas; y éstas son precisamente aquellas que hubo de trazar la mano del exaltado fraile artista, ó la del laico, guiado por una sociedad que erigía esas inmensas catedrales góticas, cuyas agujas, como el pensamiento ingrátas, son otros tantos suspiros del alma cristiana por tornar de su destierro á la patria aquella donde impera la Eterna Luz.

Y pues ha menester quien pretenda adivinar la ideal belleza de la Virgen, en las tablas del beato fraile de Fiesole, ó del melancólico maestro de la Umbría, ó del arrepentido Lippi, ó del severo Mantegna, fe ciega, alma sencilla, corazón simple, vean cuantos este artículo leyeren si están en tales condiciones.

¡Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos!

\* \* \*

No puede concebirse á Cristo y su obra sin la Virgen; Él es el pensamiento, Ella el sentimiento. Él es el rayo de fúlgida luz que deslumbra, que obliga al hombre á prosternarse ante la suprema verdad; Ella la luz de esperanza que conforta al atribulado, y como la de la aurora, la que ilumina el camino que trazara su Hijo. Él habla al alma, Ella al corazón. Él manda, Ella implora. Así la comprendió Fra Angélico, así logra pintarla Rafael alguna vez. Conjunto sublime de belleza plástica y de belleza soñada, como las impalpables figuras que forjan las nieblas, más semeja á ficción de poeta que á estética y purísima, pero concreta realidad. El propio fraile de Fiesole duda de sí mismo cuando ve trazada la cabeza de la Virgen en su cuadro *La Anunciación*. Aquella frente alta, ligeramente convexa; aquellas mejillas, cuya pureza y suavidad de color compara la crítica — aun la escéptica — á las hojas de la azucena; aquella boca, humildemente plegada; aquellos ojos, donde el color verde, el azul, el opalino se mezclan sin confundirse, y que parecen despedir claridad no vista en la tierra; aquellos cabellos blondos, pero sin encrespar, que bajan cándidamente por las sienas, hubo de tomarlo el santo artista por obra sobrenatural. En sueños, cuando rendido por el cansancio, cuando agobiado por la torpeza de la mano, incapaz de expresar lo que la imaginación y el sentimiento adivinaban y sentían, cerró los ojos, figurósele ver que un ángel, penetrando en su celda, le tomaba la paleta y los pinceles y con extrahumana facilidad trazaba la cabeza de la Virgen en aquel momento psicológico en el cual, al anunciarle el arcángel Gabriel que iba á concebir, la Virgen de las Vírgenes sintió todos los éxtasis y todas las angustias de su doble naturaleza, divina y humana. Despertó Fra Angélico con el canto matinal del gallo, y al mirar el prodigio cayó de rodillas.

Rafael Sanzio pinta la Madre de Dios. No son las dulcísimas Madonas del gran artista figuras soñadas, por lo que respecta á la plástica. La Virgen Madre, que en la imaginación del favorito de Leon X este reotipara un exquisito sentimiento de la belleza, es la idealización de la forma femenina. Mirad la *Virgen del Pez*, que guarda nuestro sin igual Museo del Prado, y sin daros cuenta, diréis con San Bernando: «Madre de divina gracia, Madre amable, Madre admirable.» Fijad vuestra atención en aquel rostro de líneas curvas, de dulzura, imposibles de apreciar; en la mirada límpida, reposada, pura; en la frente tersa, sin sombra, fanal transparentísimo de su espíritu; en la boca, cuyos labios parece como que se entreabren para daros el deleitoso nombre de «hijo;» en el movimiento lleno de modesta y á la par de imponente soberanía, y seguiréis diciendo: «Espejo de la justicia, Torre de David, Virgen poderosa, Reina de los ángeles y de las vírgenes, Madre del Salvador.» Rafael Sanzio siente, pero piensa; á través del idealismo de la línea, se adivina al teólogo que alcanza la medida de la esencia divina de María; pero en tal medida va

envuelto el sentimiento del poder. Fra Angélico no piensa, siente únicamente; va tras de una ilusión, de una visión luminosa, de impalpable y blanca aparición amasada en el polvo de plata de un rayo de luna. Rafael persigue la realización del concepto de soberana que el teólogo tiene de la Madre de Cristo, para encarnarlo en la más pura, en la más casta, pero real y tangible forma femenina.

\* \* \*

Mas la Hija de Nazareth, apenas comprendida por el artista, cuando aún no se realizara en ella el misterio de la Encarnación; ya comprendida por bastantes pintores y escultores, cuando Madre, logra ser comprendida y sentida, hasta un grado de sublime verdad, durante el tiempo en el cual se realiza la Pasión y Muerte de su Divino Hijo.

Bien sé que difiero de los teólogos todos al afirmar tal extremo; pero no ha de ser óbice la premisa teológica de proponer como inenarrable el dolor de la Virgen, por realizarse el fenómeno psico-físico en persona no mortal, para que yo recuerde ahora aquellas obras maestras de la pintura donde el dolor de la Madre de Jesús fué adivinado por el genio y el sentimiento y la fe de grandes pintores.

La escuela española se llevó la palma, pintando la *Madre Dolorosa*. No podía ser otra alguna la que mejor interpretase el dolor de la Virgen. No podía ser otra, sino la escuela pictórica española, la que diese forma, la que encontrase con maravilloso acierto la expresión plástica de la tortura de una madre que sigue paso á paso la dramática odisea del suplicio de su hijo. Solamente la escuela alemana logró acercarse á la nuestra en la adivinación de aquel dolor; mas quedóse á distancia al darle vida en el lienzo. Fueron y son los italianos más paganos que ningunos otros artistas; son los franceses y fueron admirables asimilistas de toda manifestación intelectual, pero no creadores; la escuela inglesa no existía cuando el arte respiraba ambiente religioso únicamente; en Flandes, Holanda y Alemania, diversas y encontradas corrientes dogmáticas, filosóficas y sociales detuvieron el desarrollo de la pintura mística en manos de Van-Eyck; pero en España, precisamente cuando el arte pictórico llegaba á su apogeo, llegaba también á su plenitud el imperio del sentimiento religioso, invadiendo todas las manifestaciones de la vida nacional.

El carácter castellano, severo, austero, enérgico; el andaluz, apasionado y violento; el valenciano, dramático y exaltado, formaron una característica espiritual del arte, pura y genuinamente nuestra. Contribuyeron otras causas también á formarlas, mas el medio social y religioso fueron los principales. Y aquella característica, aparte de lo de religiosa, era dramática en grado eminente. Un escritor francés con una dosis de imparcialidad y de conocimiento de nuestra historia no frecuente en sus compatriotas, dice al referirse á esa característica de que hablo: «En esta monarquía — la española — de inquisidores, de guerreros que guardan los sentimientos caballerescos, las pasiones sombrías, la fiereza y la intolerancia y el misticismo de la Edad media, los más grandes artistas son los que han poseído en grado altísimo las facultades, los sentimientos y las pasiones del pueblo que lo rodeaba. Los más célebres poetas, como Lope de Vega y Calderón, fueron soldados y aventureros, voluntarios de los barcos de guerra, duelistas y enamorados, tan violentos en su misticismo y en sus amores, como los poetas y los Don Quijotes de los tiempos feudales. Apasionados católicos, tan ardientes que, al declinar sus existencias, unos se hacen familiares de la Inquisición, otros, frailes, y el más ilustre de todos ellos, el gran Lope, diciendo misa, se desvanecía al pensar en el martirio de Jesucristo, representado en el incruento sacrificio.»

No es la pintura que Taine hace imaginaria ni exagerada, es la realidad histórica. Cano pasa la mitad de su vida huyendo de la justicia, que le persigue por delirante; Morales, por sus violencias irrespetuosas para cuanto se oponía á sus deseos, muere olvidado, pobre, miserable, allá en una obscura ciudad de Extremadura; Zurbarán se acogió á una iglesia después de haber matado en duelo, y con esas vehemencias pintan y esculpen. No son temperamentos idílicos los de nuestros artistas de los siglos XVI y XVII, ni el aire de lucha que contra Europa entera se aspiraba en España entonces, le permite; así pues, el «motivo» dramático, el trágico, son los que inspiran á los pintores y á los poetas; amar ó aborrecer: he aquí la característica, el fondo pasional de aquellos espíritus humanamente ideales é idealmente humanos. Y así se comprende que acertasen en la interpretación plástica del dolor de la Virgen. Realistas hasta la médula, buscan en la más exacta reproduc-

ción de la forma los caracteres, rasgos y líneas de un rostro angustiado; y así como el artista pagano llega hasta lo sublime, hasta lo ideal, ahondando en el concepto estético de la belleza de la forma, así nuestros pintores y escultores llegan hasta lo sublime también buscando aquella expresión que con más fuerza dramática expresa el dolor.

No ven, no, los Zurbaranes, Canos, Morales, Ribaltas y Herreras las delicadísimas visiones del de Fiesole, ni las mismas dulces y puras Madonas del de Urbino; ven la madre de Cristo, la mujer sublimada por el más grande y horrible de los martirios que puede torturar el alma maternal. Ven con ira empapada en lágrimas una crueldad, y odian al verdugo. Así el judío fué arrojado de España, sin que una voz siquiera, impulsada por el egoísmo, al mirar cómo con la expulsión de los descendientes de Jacob se perdía una de las fuerzas productoras de mayor importancia de la patria, se levantase á protestar. Tengo por cierto que si no luchásemos contra Francia, Italia, Alemania, América, el español hubiera levantado nueva cruzada para ir á arrancarles á los infieles la bíblica Jerusalén.

Cuando miro aquella *Piedad* que de Morales guarda nuestro Museo del Prado; cuando miro aquella *Dolorosa* del mismo, existente también en nuestro Museo; cuando miro, en fin, aquella otra de Cano y otras representaciones de la Divina Madre en el trance de su gran amargura, paréceme ver á los artistas que pintaron con tal fuerza dramática aquel rostro empeñado en llevar al corazón del espectador toda la vehemencia de su sentir, é infiltrarle todo el sentimiento de su intolerancia para con los enemigos de Cristo, para con los verdugos de un corazón de madre amantísima.

\* \* \*

Hay algo, sin embargo, en aquellos rostros llenos de mortal aflicción de las *Dolorosas* de nuestros grandes pintores del siglo de oro de la pintura española, que es también reflejo de un estado particular del espíritu de los que los pintaron. Yo creo adivinar al propio tiempo que ese sentimiento de ardiente piedad y de amor de cristiano, la expresión de una amargura, de una queja, de un momento de flaqueza espiritual del artista; algo así como cansancio de la existencia.

Yo quisiera que al leer estas líneas tuvieseis ante vuestra vista el cuadro de Morales *La Virgen sosteniendo á su Hijo muerto*, para que vieséis cómo en aquella faz descolorida, demacrada, que vela una angustia infinita, faz humana, grandemente humana, hay una sombra de aflicción mortal, de aflicción de criatura de carne, de nervios, de criatura que no participa de personalidad divina, antes al contrario, que parece nacida entre dolores, criada entre dolores, sostenida por dolores y que espera la muerte como un bien. Mientras que en el rostro de la Virgen del *Pasmo de Sicilia*, de Rafael, se advierte, á través de la expresión de dolor, de dolor grande, inmenso, del dolor que le causa el encuentro de Jesús, caído en la calle de la Amargura, algo sobrehumano que le presta fuerzas para tender los brazos á su Hijo, en esta otra Virgen de nuestro Morales se ve de un modo claro cómo apenas, á duras penas, puede sostener la inerte cabeza de Cristo muerto.

Háblanme más al alma estas *Dolorosas* de los pintores españoles que cuantas he alcanzado á ver de los de otros países. Quizá porque son figuras en las cuales para realizarlas no ha entrado por nada ó por muy poco la especulación teológica en lo que se refiere á lo divino de la personalidad de la Virgen. Háblanme al corazón, y por tanto, al sentimiento. Y es que la idea del dolor no cabe en un ser inmortal. Cabe, sí, la de la bondad, la de la justicia, la de la serenidad; pero de ningún modo lo que es sinónimo de flaqueza, de desfallecimiento.

Por eso la Virgen del célebre grupo *La Pietá*, de Miguel Angel, despierta en el espectador, en cuantos la contemplan, ideas hondas, amargas, pero de un carácter puramente reflexivo. Hay en aquella faz algo que revela la existencia de un pensamiento cuyo valor filosófico todavía no alcanzó nadie á descifrar por completo, aun cuando al darle á la Virgen el nombre de Virgen de la Piedad, parece justificarse la afirmación del crítico francés, quien teniendo en cuenta el modo de ser espiritual del inmenso artista florentino, cree ver en la figura de la Madre de Cristo la simbólica representación de la Justicia contemplando á Jesús, la Humanidad, muerto por la brutal pesadumbre de las iniquidades, de los dolores y de las miserias sociales.

\* \* \*

Quizás respondan, y seguramente responden al positivismo del sentimiento del espíritu moderno,

positivismo que tiene un fondo moral indiscutible, esas concepciones místicas de Leonardo y de Miguel Ángel; mas al sentimiento ingenuo y cándido del que ama por amar, las *Dolorosas*, sublimes en su humana expresión, de nuestros Canos, Ribalta, y Morales, le hablan de modo tan conmovedor como á Teresa de Jesús la vista del Amado, al santo de Asís la del leproso y al de Buillón el sepulcro del Redentor del mundo. Y mientras tanto el arte no encuentra un motivo de inspiración que conmueva á la humanidad tan hondamente como el que produjo *Mater Dolorosa*, será fuerza llorar frente á la *Virgen sosteniendo en sus brazos á su Hijo* del pintor del segundo de los Austrias ó frente á la *Soledad* de Murillo.

¡Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos!

R. Balsa de la Vega

### DIVAGACIONES

Jesucristo. — Solemnidades religiosas. — La Semana Santa ante las diversas edades

Demos un momento de descanso al fatigado espíritu; despojémonos de nuestras diarias preocupaciones, y con el pensamiento fijo en el que es fuente de todo bien, recordemos sus dolores, su triste calvario, las invectivas de que fué objeto, la suma infinita de padecimientos que le acompañó desde que, realizada la predicación de su doctrina, quiso sellar con su muerte el mayor de los sacrificios por la más noble de las causas.

Una sociedad caduca terminaba su misión, dejando lamentable recuerdo de sí; otra sociedad nacía á reemplazarla, y á esta sociedad animó el Hijo de Galilea, influyéndole nuevos y salvadores principios. La mujer quedó dignificada, el niño redimido, el esclavo recobró su libertad. El hijo de Dios, nacido en humilde establo, consagró con ello la pobreza; educándose junto al anciano carpintero, proclamó el trabajo; queriendo nacer de mujer, la enaltecíó para siempre; muriendo en afrentoso suplicio, convirtió el instrumento de su martirio en sagrado símbolo, ante el cual debían postrarse cien y cien generaciones.

Rodeóse de pobres pescadores, y los pobres fueron los primeros en el reino de los cielos; admitió junto á sí á Magdalena, y el arrepentimiento fué desde entonces prenda de perdón para el delicto; inspiró la fe de sus promesas, y la fe quedó desde entonces consagrada como la primera de las virtudes.

Las parábolas constituyen tesoro de enseñanzas, no bien apreciado todavía por el hombre; sus acciones, acabadísimo modelo de virtud; su pasión y muerte, ejemplo sublime de conducta y término de comparación, por nadie excedido, para sufrir con paciencia las contrariedades y las penas de la vida.

El sublime Maestro tuvo discípulos que, repartiéndose por la tierra, repitieron la sana doctrina; el martirio que éstos lograron enaltecíó sus predicaciones, y la sangre con que regaron la tierra hizo multiplicarse prodigiosamente el número de los creyentes. Las rudas persecuciones del paganismo contra la Iglesia naciente sólo lograron arraigarla más y más en los corazones, y los que llevaron con su palabra la nueva doctrina al seno de la ignorancia, como los que luego la consagraron con su muerte, realizaron de consuno la altísima revolución que marca un cambio completo en la mansión habitada por el hombre.

La doctrina del Crucificado quedó triunfante de los ritos del paganismo; pero hoy lucha con adversarios no menos terribles; la duda de unos, el ateísmo de otros, la indiferencia de muchos, el procaz orgullo del hombre, que acaso pretende reemplazar al Hacedor con la satánica soberbia que le dan sus propios triunfos...

La moderna Babel, olvidada de la antigua, pretende prescindir de las creencias salvadoras; pero la tierra que tiembla, el huracán que azota, el rayo que se desgaja de las nubes, la epidemia que aniquila y la enfermedad que mata son otras tantas advertencias de esa Divinidad, siempre piadosa para el humilde, recordando que hay sobre el hombre, menguado ser de corta y penosa existencia, ese Ser Supremo, que da leyes al universo, que es principio y fin de todas las cosas, y debe ser, por lo tanto, objeto preferente de la devoción del hombre, cada vez que éste, ante la inmensidad de la Creación, se da cuenta de su propia pequeñez.

\* \* \*

La conmemoración de la Pasión y Muerte del Redentor se verifica en España, si no con extraordinaria brillantez, con muy laudable constancia, que perpetúa gloriosas tradiciones nacionales, y con independencia

de las funciones de Iglesia, los reyes católicos conservan las piadosas ceremonias del lavatorio y comida de los pobres y el perdón de algunos infelices sentenciados por la justicia humana.

Este es el aspecto español más digno de elogio y más característico de entre las solemnidades propias de la época.

¡Cuán esperados serán, por tanto, estos días por los pobres y por los reos de muerte!

Verdad es que, aun no perteneciendo á ninguna de las citadas categorías, la Semana Santa es un tiempo excepcional por todos esperado, como intentaré demostrar en los párrafos que siguen.

\* \* \*

Durante la dichosa edad infantil, la Semana Santa constituye una fiesta, tanto más deseada, cuanto más se aparta de las restantes del año. Los libros se han dejado descansar, atados con sus correas, y permanecerán en la misma disposición hasta que pase la Pascua; sus declinaciones y conjugaciones; sus listas de puertos, naciones y ríos; sus índices cronológicos de reyes; todos los estudios que pesan como una amenaza terrible sobre la niñez, duermen temporalmente.

Cierto que no hay las diversiones propias de otras festividades; pero tampoco faltan en la Semana Santa. En primer lugar el Domingo de Ramos con sus esplendores y sus alegrías, sus plantas aromáticas y sus palmas rizadas, sin contar con el regalito de los abuelos ó de los padres. Porque los niños saben perfectamente que los refranes son hijos de la sabiduría popular, y que uno de ellos dice que «en el Domingo de Ramos, el que no estrena se queda sin manos,» y las tiernas criaturas tienen en harta estima sus manos para prescindir resignadamente del traje nuevo ó el codiciado juguete. Llega después el miércoles con su función de tinieblas á que no renuncia; el jueves y viernes con su extraño silencio, la ausencia de coches, el toque de la carraca sustituyendo al de la campana; la procesión de los pasos y hasta las comidas extraordinarias, que apartándose de lo que son en el resto del año, ofrecen á su espíritu glotón nuevos atractivos; el Sábado de Gloria, que es una verdadera resurrección de la vida de costumbre, con su alegre campaneo; la Pascua que le sigue, con su séquito de corderos, su apertura de teatros y circos y la consiguiente necesidad de frecuentarlos.

Es posible que las tiernas criaturas no se fijen todo lo que debieran en lo que es, representa y significa la Semana de Pasión; y su razón, no acabada de formar todavía, justifica que así sea.

Hay, no obstante, en las escenas que la Iglesia conmemora, aun con cierta independencia de su aspecto religioso, algunos puntos que conviene meditar á los niños.

¿Quieren saber lo efímero de las mundanas glorias? Pues nada para ello tan elocuente como la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalén, y los tormentos, sacrificios, sangrientas mofas y muerte infamante que la siguieron.

¿Buscan una prueba de lo falible de la justicia humana? Vean la sentencia del Justo.

¿Quieren conocer el criterio de las muchedumbres á que hoy se halla entregado el derecho moderno? Pues recuerden al pueblo de Jerusalén pidiendo la libertad de Barrabás y respondiendo á las tímidas exhortaciones en favor de Jesús con el grito repetido de «¡Crucifícale!»

¿Pretenden averiguar hasta dónde llega el amor de una madre? Vean á la Santísima Virgen, recogiendo las palabras de agonía de su Divino Hijo y depositando en su amante regazo su sacratísimo cuerpo muerto.

Vean en Judas la traición interesada, en Pedro el momentáneo desvío, en Pilato la cobarde autoridad, dejando prevalecer el error y el crimen.

Y si, huyendo de los vicios de la flaca naturaleza, buscan ejemplos que imitar, fíjense en el tránsito de Jesucristo sobre la tierra, y tenderán, personificados en él, la obediencia y la mansedumbre, la dulzura y la resignación, la abnegación sublime y la constancia en el padecer en defensa de la verdad... Sigán sus pasos y sus ejemplos, aunque sea desde muy lejos; que si es verdad que carecen de la divina esencia del mismo, también lo es que, por muchos y muy grandes que sean sus padecimientos, en nada podrán compararse jamás con los que sufrió por salvarnos de la mancha del primer pecado el Redentor de la humanidad.

Para la juventud, la Semana Santa ofrece también sus atractivos. Son los días de los trajes elegantes, del forzoso abandono del carruaje, del paseo por las calles so pretexto de la visita de estaciones y de los compromisos de las mesas de petitorio... Mezcla ex-

traña de lo divino y de lo humano, de la tentación y el arrepentimiento, el luto de los vestidos pugna con el brillo de las miradas, el aniversario de escenas de muerte y desolación con los gratos olores de los campos, la suave temperatura, el sol que inunda de vida á toda la naturaleza. Pero ¿qué extraño que sea así, cuando la misma muerte del Dios Hombre es germen de vitalidad, de desarrollo y de redención para la humanidad. Acaso los severos moralistas encuentran motivo en muchas de las prácticas mundanas para sus rígidas y secas observaciones y censuras, é indudablemente tienen razón; pero contra sus razonamientos, por muy justos que sean, existen las poderosas fuerzas de la juventud, las gratas ilusiones que lleva consigo, los ensueños color de rosa, los horizontes lejanos de la vida, bañados por torrentes de luz y de armonías.

Censurable es el consorcio de las prácticas religiosas con las costumbres mundanas; pero alguna atenuación merecen, cuando la sangre juvenil hierve en las venas, precisamente en los días que son comienzo de la primavera y en que son más límpidas las corrientes de los ríos, más suaves los perfumes de los campos y más diáfanos los resplandores de los cielos.

Para el hombre en su edad viril, la Semana Santa constituye un período excepcional y no siempre agradable.

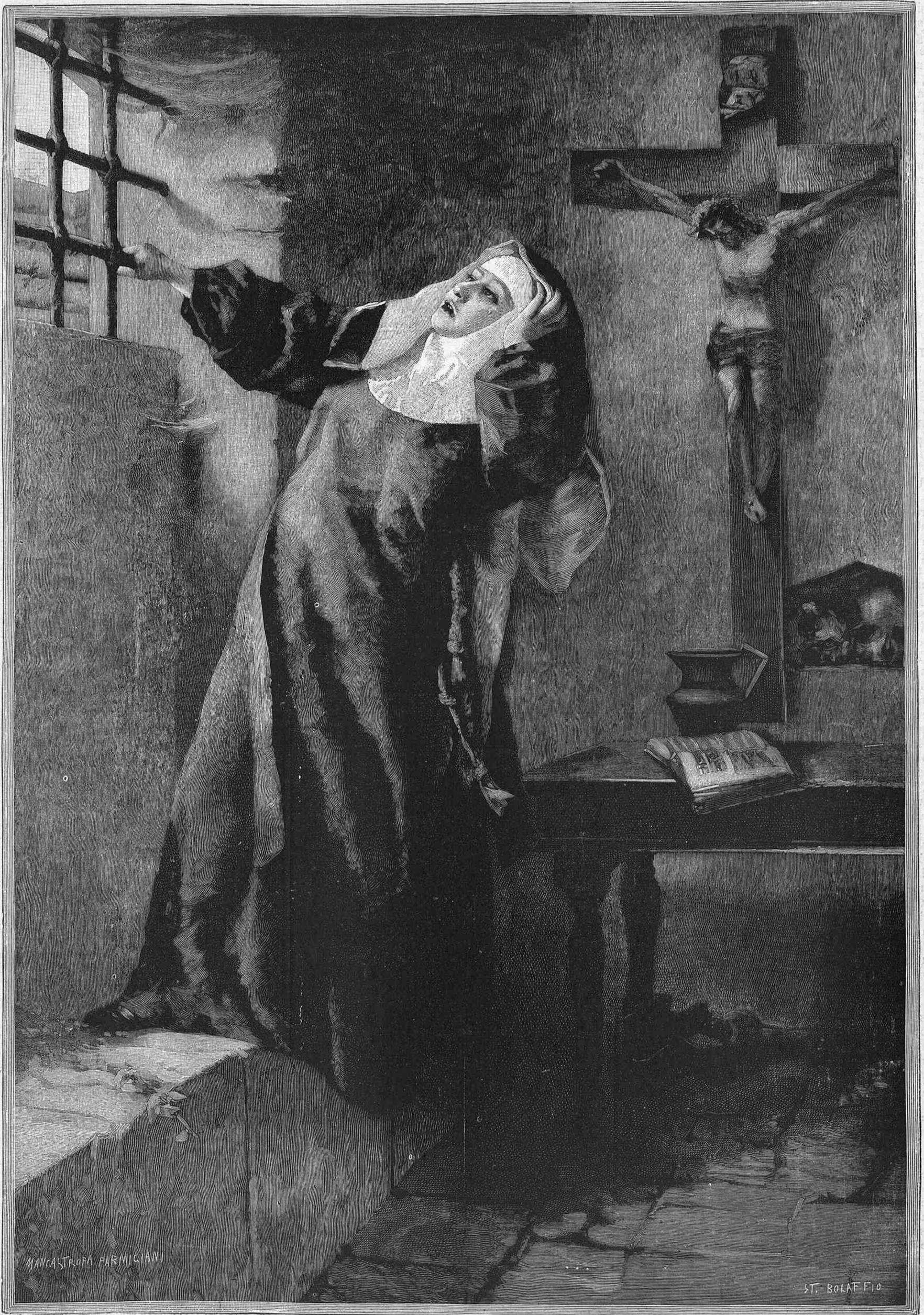
Prescindamos de los desgraciados á quienes las corrientes de una esterilizadora filosofía han secado la salvadora Fe, y que se complacen en discutir ó negar los sublimes misterios que en la Semana Santa se conmemoran. Dejémosles entregados á sus torcedoras dudas, á sus abstractos razonamientos y á las negaciones en que su espíritu vive encerrado; pero, aun prescindiendo de ellos, siempre quedarán otros muchos individuos que, sin abjurar de sus creencias, conceptúan estos días como una verdadera contrariedad.

Interrumpidas todas las corrientes de la contratación y del negocio, cerrados comercios y oficinas, paralizada la vida industrial y hasta dificultado el tránsito por la vía pública, la citada semana es para ellos una solución de continuidad en sus asuntos. No niegan lo divino, no discuten su esencia, no se oponen á las prácticas del catolicismo, que dicen profesar; pero se lamentan amargamente de los perjuicios materiales que se les irrogan. No asisten á los oficios divinos, porque necesitan aquel tiempo para hacer una liquidación ó un balance; no recorren las estaciones, porque les llaman á otro lado sus empresas, y si se encuentran cerca de la carrera seguida por la procesión, es sólo para lamentarse de que el gentío les perturbe y aun les corte el paso, cuando precisamente tienen que acudir á una cita para dejar definitivamente planteado un buen negocio. Hombres á la moderna y de su siglo, adoran como los antiguos israelitas al becerro de oro, que es su verdadera divinidad, y encontrarían muy razonable que el catolicismo siguiera hoy encerrado en las catacumbas con tal de que no les perturbara en sus prácticas mundanas. No tienen inconveniente en que sus balcones ostenten la palma, con tal de que sus hijos no les obliguen á ir á comprarla; no se niegan á la limosna que se les pide desde el interior del templo para fines eclesiásticos ó benéficos, siempre que no se les haga perder un tiempo precioso en acudir personalmente á entregarla, y transigirían con las devociones ajenas si no les paralizaran sus negocios y les perjudicasen por la clausura de las oficinas y centros de contratación.

Ellos que, no pudiendo tener las alas de Mercurio, las suplen con el coche propio, el carruaje de alquiler ó el tranvía; que vienen devorando distancias para llegar á tiempo de ganar unos céntimos por ciento, anhelan como los niños el alegre toque del Sábado de Gloria; pero por diferentes motivos: porque dicho toque les devuelve á la realidad de la vida, á la fiebre del oro, sangre de sus corazones que les invade el cerebro y presta á sus pies actividad vertiginosa.

Entretanto los ancianos, que miran á enorme distancia los años de su alegre infancia; que han perdido las halagadoras ilusiones de la edad juvenil; que no sienten ya los estímulos de la ambición, ni niegan osados dentro de la pequeñez humana los sublimes misterios de la Redención; autómatas que recorren difícilmente las últimas jornadas del camino de la vida, siguen con el pensamiento turbado y los ojos llenos de lágrimas la conmemoración de la Pasión y Muerte del Salvador de los hombres, y lastimados por sus recuerdos, sus achaques y sus enfermedades, llevan resignadamente la cruz de sus padecimientos en el camino de su calvario, que aún les falta recorrer.

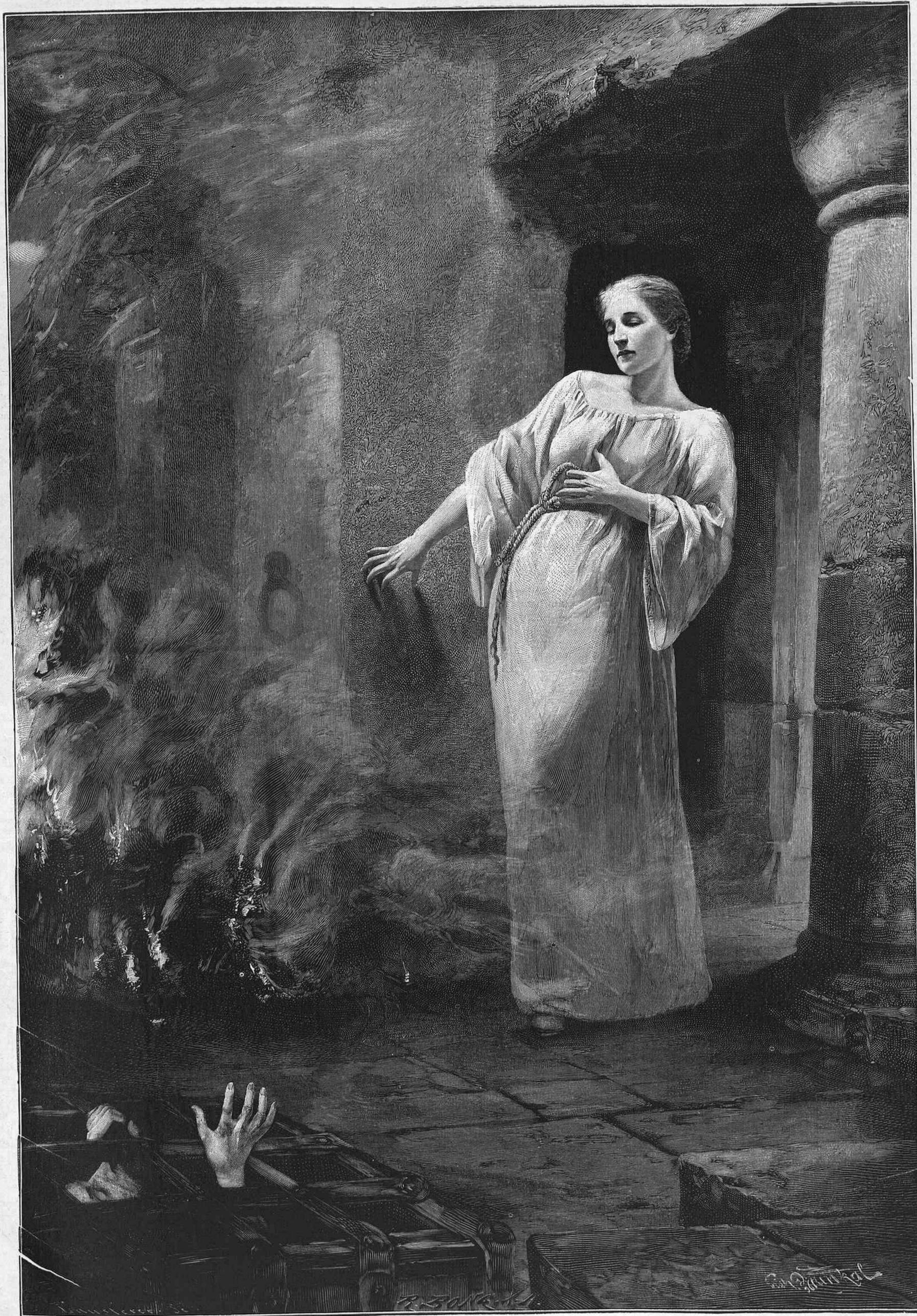
M. OSSORIO Y BERNARD



MANCASTRUPA PARMIGIANI

ST. BOLAFFIO

UNA VISIÓN, cuadro de Napoleón Gradi



MÁRTIRES DEL CRISTIANISMO, cuadro de Erico Brunkal

## NUESTROS GRABADOS

**D. José Coroleu é Inglada.**—En unos tiempos y en un país como los nuestros, en que innumerables medianías se encumbran; en que tantas veces un barniz de cierta erudición basta á suplir la falta de conocimientos sólidos; en que la audacia puede con harta frecuencia más que el valer positivo y la ignorancia alcanza lo que el talento ni á pretender siquiera se atreve, mucha virtud se necesita para echar por el camino de la verdad y de la ciencia, del estudio serio y de la meditación. Así es tan contado el número de los que lo siguen y más contado aún el de los que habiéndolo emprendido ni desfallecen ante los desengaños, ni ante los obstáculos se arredran.

De Coroleu bien puede decirse que fué uno de estos pocos, y en él se realizaba el milagro que sólo hace la pasión cientí-



**D. JOSÉ COROLEU É INGLADA**, eminente literato é historiador  
Nació en 16 de agosto de 1839  
Murió en Barcelona en 28 de marzo de 1895

ca, convirtiéndolo en encantos inenarrables las que para el común de las gentes son abrumadoras arideces.

Dominado por el ansia de saber, cuanto más se ensanchaba la esfera de sus conocimientos tanto más se afanaba por acrecentar su caudal científico; pero en vez de guardar sus riquezas, como guarda sus tesoros el avaro, á quien se parecía en el insaciable afán de aumentarlas, complaciase en hacer partícipes de ellas á todo el mundo, convirtiéndolas en joyas tan preciosas como *Las Cortes Catalanas*, *Los Fueros de Cataluña*, *El feudalismo y la servidumbre de la gleba en Cataluña*, *Las supersticiones de la humanidad*, *Memorias de un menestral de Barcelona*, *Dietario de la Generalidad de Cataluña*, la continuación de la *Historia de España* de Lafuente y tantas otras que harán imperecedero su nombre.

Actualmente estaba escribiendo la *Historia de la colonización, dominación é independencia de América*, cuyos dos primeros tomos se han repartido ya á los suscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL.

Con ocasión de esta obra y de la continuación de la *Historia de España*, que publicó la casa editorial de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, hemos podido conocer y admirar de cerca al hombre y al sabio á quien desde hace mucho tiempo de nombre conocíamos y por sus libros admirábamos. Sólo los que cual nosotros han visto cómo trabajaba Coroleu pueden juzgar de lo que como historiador y escritor valía.

Historiógrafo á la moderna, ni quiso aceptar las enseñanzas que pudiéramos llamar de segunda mano, ni se dejó nunca llevar de su fantasía, ni sentó una sola afirmación que no estuviese sólidamente contrastada: el hecho, el documento, tomados de las primeras fuentes, fueron siempre su base y su punto de partida. En su sentir, la historia novelesca era científicamente tan abominable como la llamada novela histórica.

Mas no se crea por esto que su labor se limitaba á desenterrar documentos archivales y á transcribirlos en sus libros, ó á relatar hechos sin comentarlos; ni se entienda tampoco que sus trabajos resultaban áridos de puro científicos. El documento sólo era el comprobante de sus asertos; el hecho servíale para emitir juicios producto de un criterio exquisito, y maestro en el bien decir, sabía dar á sus obras una amenidad realzada por un lenguaje castizo, en que las galanuras literarias eran preciado ropaje admirablemente amoldado á las severas formas de la verdad histórica.

Acogió con cariño la idea de escribir la *Historia de América*, y á medida que avanzaba en sus estudios preparatorios el cariño trocábase en ardiente entusiasmo: oíasele hablar con deleite de la obra de nuestros conquistadores y dolerse con amargura de la injusticia con que han tratado la generalidad de los historiadores las nobles figuras de nuestros militares, de nuestros políticos y de nuestros sacerdotes que llevaron las conquistas de la civilización y las admirables doctrinas del cristianismo al lejano continente por Colón descubierto. Para llevar á cabo su cometido, Coroleu se dedicó á un trabajo de investigación y estudio gigantesco: á su erudición portentosa y á sus aficiones de bibliófilo no escapó una sola de las obras que de América se han ocupado, así antiguas como modernas, así las más conocidas como las que constituyen verdaderas rarezas bibliográficas. Y no se limitaba á estudiarlas superficialmente, sino que las leía una por una, penetraba en el fondo de ellas, empapábase en su espíritu, y sólo cuando había realizado esa labor de asimilación consignaba en las cuartillas, en muy pocas á veces, toda la substancia del libro consultado, avalorada por sus propias y siempre atinadísimas consideraciones.

Las cuartillas de Coroleu revelan exactamente su modo de ser: escritas con matemática regularidad, en letra clara é igual, casi sin una enmienda, sin una palabra tachada, son testimonio elocuente de la seguridad de su criterio que, una vez estudiado un asunto y formado sobre él su juicio, transcribía en el papel sin una vacilación, sin el menor arrepentimiento.

Escritor de conciencia como pocos, si después de escrito y aun entregado un capítulo descubría algún dato nuevo ó venía en conocimiento de algo que en su sentir rectificaba lo anteriormente hecho, apresurábase á recoger sus originales para ampliarlos si le parecían deficientes, ó modificarlos si sus estudios posteriores le demostraban que no contenían toda la verdad que ansiosamente perseguía y que sus nobles escrúpulos no le consentían desatender ni aun en aquello que á muchos hubiera parecido insignificante.

Los dolores físicos, la postración en que le sumió la última enfermedad, no disminuyeron en aquel espíritu entero y de la ciencia enamorado la pasión por el estudio, que le acompañó hasta en sus últimos momentos: si un instante de tregua le dejaba su mal, consagrábalo al libro, que no abandonaba hasta que la debilidad del cuerpo vencía á las fugaces energías morales que su exaltación le fingiera.

El día antes de morir, aun escribió á los editores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL la siguiente tarjeta, quizás su último autógrafo: «Saluda afectuosamente al Sr. Simón José Coroleu é Inglada, y le ruega tenga la bondad de entregar al dador, mi hijo, para repasar, el original desde la historia del Paraguay en adelante.» Y momentos antes de su muerte estaba leyendo la *Historia de Chile*, de Barros Arana, que en su sentir era una de las obras históricas más grandes de nuestro siglo.

Coroleu ha muerto sin ver terminada la *Historia de América*, en la que tenía cifradas todas sus ilusiones de escritor é historiógrafo: «Este libro — solía decir á los editores — no lo escribo para ustedes, lo escribo para mí, y es tal el placer que me proporciona y tal la fe que en él tengo puesta, que no han de agradecerme el cariño con que lo hago, pues nace del más refinado egoísmo.» «Si alguna de mis obras ha de enaltecer mi pobre nombre — nos dijo en varias ocasiones — será indudablemente ésta, mi hija predilecta, en la que he compendiado todos mis amores y en la que cifro todas mis esperanzas.»

¡Pobre Coroleu! El destino no ha querido que viese concluida su obra, como él la llamaba; pero no ha muerto sin haber experimentado antes la satisfacción de ver unánimemente alabada con entusiasmo la parte de ella que se ha publicado, y que con lo que de ella deja inédito será uno de los más preciosos monumentos de la moderna historiografía hispano-americana.

¡Qué más podremos decir del inolvidable amigo! Su modestia excesiva, su bondad á toda prueba, su trato afable y caballeresco, su conversación amena sembrada de rasgos de ingenio, conquistaronle el cariño de cuantos con su amistad se honraron.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y los editores del periódico, al consagrar este humilde recuerdo al colaborador inteligentísimo, asóciense al dolor de su amante familia, y lloran con la pérdida del sabio por todos respetado, la del amigo del alma por todos querido.

**El cardenal Benavides.** — El cardenal D. Francisco de Paula Benavides nació en Baeza en 1810, hizo sus primeros estudios en el colegio de San Felipe Neri de su ciudad natal,



**EL CARDENAL BENAVIDES**, Arzobispo de Zaragoza,  
fallecido en 30 de marzo de 1895

continuólos en el Real Colegio de los Apóstoles San Bartolomé y Santiago de Granada y en la Universidad de esta última población acabó de estudiar la Teología. A los veintidós años ingresó en las órdenes militares y á los veintiséis se ordenó de sacerdote. En 1840, y después de haber servido el beneficio Curado de Colmenar de Oreja, propio de la orden de Santiago, fué nombrado catedrático de Religión y Moral en el instituto de Baeza, cargo que dejó al cabo de siete años para encargarse del arcidiano de Ubeda, de donde en 1853 pasó á ser diácono de la catedral de Córdoba. En 1857 fué preconizado obispo de Sigüenza; en 1877 el gobierno le presentó para el importante cargo de Patriarca de las Indias, y el Sumo Pontífice no sólo aceptó la presentación sino que confirió al presentado la púrpura cardenalicia: cuatro años después fué preconizado arzobispo de Zaragoza, sede que ha ocupado hasta el momento de su muerte. Al par que por sus grandes virtudes fué universalmente admirado el cardenal Benavides por sus vastos talentos, que le valieron ser nombrado individuo de las academias de la Historia y de la Lengua y condecorado con las grandes cruces de Carlos III é Isabel la Católica. Su vida ha sido un

verdadero apostolado y su muerte el ejemplar del justo, que desligado por completo de los terrenales lazos y con la conciencia del deber cumplido, llega tranquilo al fin de su existencia y espera gozoso el tránsito que ha de llevarle á la presencia de Dios, que en su divina justicia habrá recompensado al que fué una de las más grandes lumbreras de la Iglesia española contemporánea.

**El Domingo de Ramos en Madrid, dibujo de Méndez Bringa.** — Dotado de un talento clarísimo y de un espíritu de observación al que nada escapa, tiene además de estas cualidades el autor del dibujo que publicamos el don, que estimamos inapreciable en todo artista, de colocarse en un justo medio cuando se trata de trasladar al papel ó al lienzo lo que ha concebido y estudiado con sus propios ojos: Méndez Bringa es un dibujante de la escuela realista; sólo dibuja lo que ve, como lo prueba el hecho de que sean su especialidad los tipos y escenas de costumbres de la coronada villa en donde reside; pero en vez de reproducir cuanto á su vista se ofrece, feo ó bonito, malo ó bueno, desecha, en uso de una libertad que nadie podrá negar al artista, todo lo antiestético, aunque sea verdadero, y sólo se inspira para sus composiciones en aquello que por su belleza se ajusta por completo á su gusto exquisito y se presta admirablemente á su lápiz ó á su pincel, como pocos elegantes. De aquí el sello de finura, de delicadeza que en todas sus obras se advierte y que hace resaltar una ejecución irrefragablemente correcta, según habrán podido ver nuestros lectores en los dibujos que han ilustrado los *Sainetes matritenses* y en el que hoy reproducimos, que representa la puerta de la catedral de San Isidro de la corte, el día del Domingo de Ramos.

**La Magdalena, cuadro de Juan Muzzioli.** — Aunque pintado cuando su malogrado autor contaba apenas veinticinco años, constituye quizás el punto máximo de la vitalidad artística del gran pintor italiano, hace poco fallecido. Muzzioli nos presenta en su lienzo á la Magdalena antes de su arrepentimiento, en el instante en que la vista del Salvador hace brotar en su alma la idea de la posibilidad de su redención. En la figura de la pecadora ha querido principalmente concentrar el artista la atención del espectador; pero cualquiera que contemple el cuadro no podrá menos de admirar tanto como aquélla las figuras de Jesús y de la multitud que le acompaña, formando un grupo lleno de vida y de movimiento. Grandes elogios merece también la decoración del cuadro, hábilmente dispuesta para que sobre ella destaquen los personajes de tan bellísima composición.

**Jesús delante de la casa de Ahseverus, cuadro de F. Thiele.** — Cuenta la tradición que cuando Jesús, llevando la cruz sobre sus hombros, pasó por delante del taller de Ahseverus, á quien se supone zapatero en Jerusalén, cayó rendido de dolor y de fatiga; los soldados que conducían al Redentor al Calvario, movidos á compasión, rogaron al artesano que le dejara descansar unos instantes en el zaguán de su casa. Ahseverus no accedió á su súplica, y dirigiéndose á Jesús le dijo: «¡Anda!» A lo cual respondió éste con voz dulcísima: «También tú andarás, recorrerás la tierra hasta la consumación de los siglos, y cuando tu planta fatigada quiera detenerse, esa terrible palabra que has pronunciado te obligará á ponerte de nuevo en marcha.» Cumpliéronse las palabras de Jesucristo, y desde entonces, según la leyenda, Ahseverus recorre el mundo sin descanso, habiendo sido por ello denominado el *Judío errante*. Tal es la legendaria narración que el notable pintor alemán Thiele reproduce en su cuadro, dándole gran vigor dramático y trazando una escena movida en que forman hermoso conjunto la expresión dolorida del Salvador, el colérico ademán del cruel judío y el furor y la indignación del populacho, que apenas pueden contener los soldados.

**El entierro de Jesucristo, cuadro de Federico A. de Kaulbach.** — Entre los pintores que al tratar asuntos religiosos se ajustan por completo á la tradición cristiana merece lugar preferente Kaulbach, que en la admirable escena del sepelio del Crucificado ha prescindido de las innovaciones introducidas en aquel género por los modernistas, presentándola tal como la sienten los verdaderos creyentes, así en punto á la disposición de las figuras como en la expresión de los sentimientos que en cada una de ellas dominan. Grandiosamente concebido y magistralmente ejecutado, el lienzo de Kaulbach constituirá en todos tiempos una prueba elocuente de que en las postrimerías de nuestro siglo ha existido una escuela que ha continuado las gloriosas tradiciones de los grandes maestros del arte cristiano. Federico Augusto de Kaulbach, sobrino del gran pintor de su mismo apellido, nació en Hannover en 1850 y en Munich recibió lecciones del célebre Guillermo Diez, habiéndose dedicado especialmente á la pintura de género y á los retratos, en los que ha obtenido grandes éxitos. Por sus méritos fué nombrado en 1886 director de la Academia de Munich, y en una de las últimas exposiciones de Berlín obtuvo la gran medalla de oro.

**Una visión, cuadro de Napoleón Gradi.** — Los teólogos y los filósofos ortodoxos han estudiado y definido el misticismo como amor á lo divino ó al ideal de perfección: el místico exaltado se enajena de sí, pierde la conciencia de su propio ser, y anulando por completo su propia personalidad, ante la sublime explosión del sentimiento religioso, comunicase directamente con la divinidad en la visión intuitiva ó en el éxtasis. La oración, el ayuno, el quietismo de la vida conventual, la pureza de un corazón por entero consagrado á Dios y no perturbado por sentimiento mundano alguno, predisponen al alma á este estado en que merced á la Divina Gracia los ojos se extasían en visiones sobrenaturales y los oídos se recrean en celestiales sonidos. ¿Qué mejor explicación que ésta del hermoso cuadro de Gradi? El celebrado pintor milanés ha realizado con él una obra altamente pensada é intensamente sentida, sin nada de artificios ni amaneramientos, que si en todas las pinturas son censurables, lo son mucho más en las que como *Una visión* tienen un carácter eminentemente filosófico y religioso.

**Mártires del Cristianismo, cuadro de Eriko Brunkal.** — Bien se comprende al contemplar este cuadro que los dos mártires son dos esposos á quienes uniera un amor santo y á quienes separa en el momento del suplicio el odio de los implacables perseguidores de la fe cristiana. Creyeron sus verdugos aumentar sus torturas poniéndoles frente á frente en el momento de la muerte; creyeron que el dolor propio multiplicábase hasta lo infinito con la contemplación del dolor del ser amado; creyeron que la idea de una pronta y en su sentir eter-

na separación sería tormento más horrible que el del fuego que había de ser ceniza de sus cuerpos. ¡Insensatos! ¡Cuán poco comprendían aquellos paganos las energías que la única religión verdadera comunicaba á los que por ella y en ella morían! Lejos de aumentar sus sufrimientos, la mutua contemplación endulza sus últimos instantes; la persistencia en la fe del uno redobla la ferviente exaltación del otro, y sus pensamientos, indiferentes á los dolores de su terrenal envoltura, más se juntan cuanto más sus cuerpos se separan y anticipadamente se recrean en las inefables delicias de la unión eterna de sus almas.

Inspirada sin duda en estos sentimientos está la bellísima obra del pintor alemán Brunkal, sobriamente ejecutada y tan llena de expresión que podemos considerarla como una de las más hermosas páginas de la historia de los mártires cristianos.

**Los ángeles velando el cadáver de Santa Cecilia, cuadro de De Vriendt.**—Ocioso nos parece llamar la atención sobre las bellezas de este cuadro: su composición bien entendida, las figuras acertadamente distribuidas y ejecutadas y los accesorios perfectamente dispuestos, constituyen un conjunto de impresión agradable que hace resaltar la excelencia de la idea á que el pintor ha dado forma.

MISCELÁNEA

**Teatros. — París.**—Se han estrenado con buen éxito: en Cluny *La cage aux lions*, comedia bufa en tres actos de León Gandillot; en el teatro de L'Oeuvre *La vérité dans le vin*, antigua comedia en un acto de Colle, en que se pintan las corrompidas costumbres del tiempo en que fué escrita (siglo XVIII), y un drama en un acto de Mœterling, *Interieur*, que es una escena de una impresión sugestiva de primera fuerza; en el

Ambigu *Deux Patries*, hermoso drama en ocho cuadros de Luis Hennique; y en la Comedia Parisiense *Petit Lord*, bonita comedia en tres actos de Lemaire, Burnett y Schurmann.

**Madrid.**—Con posterioridad á nuestra última miscelánea se han estrenado con éxito satisfactorio: en la Comedia *El Padre Nuestro*, drama en un acto, una adaptación á la escena española, admirablemente hecha y hermosamente versificada por el Sr. Colorado, de la bellísima obra de Coppée *Le Pater*, y *La novia de Otelu*, gracioso juguete en un acto de D. Angel Pérez Magnón; en Lara *La rebotica*, precioso sainete en un acto de Vital Aza; en la Alhambra *Mancha que... mancha*, graciosísima parodia y fina sátira en un acto y en verso del último drama de Echegaray *Mancha que limpia*, original de los Sres. González y Gómez Candela, y *Pilar de Aragón*, interesante episodio dramático en un acto y en verso de D. Pedro Sañudo Aufrán; en Martín *Sin pluma y cacareando*, juguete cómico en un acto del Sr. Portolés; y en Romea *Gustos que merecen palos*, zarzuela en un acto de Jackson Veyan, refundición de *Prueba de amor* del mismo autor, con bonita música del maestro Rubio. La ópera de Mascagni *L'amico Fritz*, estrenada en el Real, ha sido recibida con bastante frialdad. En el Español se estrenó el ensayo dramático en un acto *Teresa*, de D. Leopoldo Alas: el poco éxito obtenido por esta obra quizás se deba, como algún crítico ha afirmado, más que á las condiciones de la misma á la poca atención que á su representación prestó el público, influido tal vez por ciertas prevenciones contra su autor, el sabio catedrático de Oviedo y notable escritor y crítico. En Lara se ha celebrado una función en honor de D. Ramón de la Cruz, habiéndose puesto en escena los preciosos sainetes del mismo *La casa de Técame Roque* y *Manolo*, que fueron extraordinariamente aplaudidos.

**Barcelona.**—Se han estrenado con buen éxito desde nuestra anterior miscelánea: en el Principal *Las horcas caudinas*, co-

media en un acto muy bien arreglada del italiano por D. Francisco J. Godó, y *Pasar el rato*, entretenido juguete cómico en un acto de los Sres. Martínez y Villar; en el Circo Barcelonés *El pan del pobre*, interesante drama en cinco actos de los señores González Llana y Francos Rodríguez, cuyo estreno en Madrid dió origen á apasionadas discusiones; en Romea *Dixés ball de máscaras*, gracioso apropósito en un acto del Sr. Figueras, y *La viuda*, sainete en un acto de D. Emilio Vilanova, que, aunque inferior á otros del mismo autor, divirtió al público; y en el Eldorado *El tambor de granaderos*, zarzuela en un acto, letra del Sr. Sánchez Pastor y música del maestro Chapí. La Sociedad Catalana de Conciertos ha terminado la serie de los cinco conciertos históricos, ejecutados bajo la dirección de M. Vincent d'Indy; el tercero fué dedicado á los románticos del presente siglo, habiéndose tocado piezas de Weber, Mendelssohn, Schumann, Berlioz, Bizet y Saint Saens; el cuarto estuvo consagrado exclusivamente á Wagner, de quien se ejecutaron magníficos fragmentos de *Tanhauser*, *Tristán é Isolde*, *Los maestros cantores*, *Parsifal* y *El oro del Rhin*; el último se dedicó á la escuela moderna francesa, figurando en el programa obras de Ropartz, Chausson, Breville, Faure, Chabrier, Bordes, César Franck y d'Indy. En todos estos conciertos la orquesta hizo verdaderos prodigios de ejecución, habiendo producido gran entusiasmo en el público que llenó el espacioso teatro Lirico: preciso es, sin embargo, confesar que las mayores ovaciones fueron para las obras del inmortal genio de Bayreuth, dirigidas y ejecutadas como nunca se habían oído en Barcelona. El Sr. d'Indy, además de acreditarse de director de primer orden, se ha dado á conocer á nuestro público como compositor de gran talento en las hermosas piezas *El campo de Wallenstein* (primera parte de una trilogía) y *Sinfonía sobre un canto montañés* para orquesta y piano, y en los dos números de la serie sinfonía en re.

**VELOUTINE FAY** POLVO DE ARROZ EXTRA  
preparado con bismuto  
por Ch. Fay, perfumista  
9, Rue de la Paix, PARIS

El mejor y más célebre polvo de tocador

**CARNE, HIERRO y QUINA**  
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

**VINO FERRUGINOSO AROUD**

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

**CARNE, HIERRO y QUINA:** Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El *Vino Ferruginoso de Aroud* es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el *Vigor*, la *Coloracion* y la *Energia vital*.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

**Pildoras y Jarabe**  
DE **BLANCARD**  
Solucion **BLANCARD**  
Comprimidos  
de *Exalgina*

Con Ioduro de Hierro inalterable.

**ANEMIA**  
**COLORES PÁLIDOS**  
**RAQUITISMOS**  
**ESCROFULOS**  
**TUMORES BLANCOS**, etc., etc.

**Jaquecas, COREA, REUMATISMOS**  
**DOLORES UTERINOS, MUSCULARES,**  
**UTERINOS, NEURALGICOS.**  
El mas activo, el mas inofensivo  
y el mas poderoso medicamento.  
**CONTRA EL DOLOR**

Exijase la Firma y el Sello de Garantia.—Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

**LA SAGRADA BIBLIA**  
EDICIÓN ILUSTRADA  
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

**CEREBRINA**  
REMEDIO SEGURO CONTRA LAS  
**JAQUECAS y NEURALGIAS**  
Suprime los Cólicos periódicos  
E. FOURNIER Farm.º 114, Rue de Provence, PARIS  
la MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias  
Desconfiar de las Imitaciones.

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D.º FRANCK**

Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones, Córados ó prevenidos.

(Rotulo adjunto en 4 colores)  
PARIS: Farmacia LEROY  
Y en todas las Farmacias.

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**  
PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**  
con BISMUTHO y MAGNESIA  
Recomendadas contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**ELIXIR DE PROTOCLORURO DE HIERRO CON HIPOFOSFITOS**

DE **VIVAS PEREZ**

La medicación más poderosa que puede emplearse en la curación de las afecciones CLORÓTICAS, ESCROFULOSAS y TUBERCULOSAS (colores pálidos, tumores fríos, menstruaciones difíciles, pérdidas blancas) ANEMIA.

El mejor fortificante para los temperamentos linfáticos, débiles y empobrecidos.

De venta en todas las farmacias del mundo.  
Depósito general: Almería, Farmacia de VIVAS PEREZ

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**

**Pepsina Boudault**

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA  
PREMIO DEL INSTITUTO AL D.º CORVISART, EN 1856  
Medallas en las Exposiciones internacionales de  
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS  
1897 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS  
**DISPEPSIAS**  
**GASTRITIS - GASTRALGIAS**  
**DIGESTION LENTAS y PENOSAS**  
**FALTA DE APETITO**  
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION  
BAJO LA FORMA DE  
**ELIXIR. . de PEPSINA BOUDAULT**  
**VINO . . de PEPSINA BOUDAULT**  
**POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine  
y en las principales farmacias.

**CYCLES IMPERATOR**  
DUGOUR Y C.º, Constr.  
81, Faubourg, Saint-Denis, en Paris  
Velocipedos de precisión  
Excelentes neumáticos. Fr. 225  
Catálogo gratis.—Exportación

**GARGANTA**  
VOZ y BOCA  
**PASTILLAS DE DETHAN**

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +

DE **APIOL** DE **JORET y HOMOLLE** REGULARIZAN LOS MENSTRUOS  
CAPSULAS DE LOS DE **JORET y HOMOLLE** EVITAN DOLORES, RETARDOS

DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150, R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

**PATE ÉPILATOIRE DUSSER** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero.) Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



Los ángeles velando el cadáver de Santa Cecilia, cuadro de De Vriendt

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
**EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL**  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
**DE ASMA Y TODAS LAS SUFOGACIONES.**

**FUMOZUE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER  
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
**EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.**  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

en Paris  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPHÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 para ó mezclada con agua, disipa  
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOCES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES  
 y conserva el cutis limpio y terso  
 B. S. DUMAS 18  
 CALDES et Cie

**JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT**  
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias  
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores  
 Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el  
 año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base  
 de goma y de ababoles, conviene sobre todo a las personas delicadas, como  
 mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno a su eficacia  
 contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

**REMEDIO de ABISINIA EXIBARD**  
 En Polvos y Cigarrillos  
 Alivia y Cura CATARRO,  
 BRONQUITIS,  
 OPRESION  
**ASMA**  
 y toda afección  
 Espasmódica  
 de las vias respiratorias.  
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.  
 J. FERRÉ y C<sup>ia</sup>, V<sup>o</sup> 102, R. Richelieu, Paris.

**PAPEL WLINSI**  
 Soberano remedio para rápida cura-  
 cion de las Afecciones del pecho,  
 Catarros, Mal de garganta, Bron-  
 quitis, Resfriados, Romadizos,  
 de los Reumatismos, Dolores,  
 Lumbagos, etc., 30 años del mejor  
 éxito atestiguan la eficacia de este  
 poderoso derivativo recomendado por  
 los primeros médicos de Paris.  
 Depósito en todas las Farmacias  
 PARIS, 31, Rue de Seine.

Las  
 Personas que conocen las  
**PILDORAS DE DEHAUT**  
 DE PARIS  
 no titubean en purgarse, cuando lo  
 necesitan. No temen el asco ni el cau-  
 sancio, porque, contra lo que sucede con  
 los demas purgantes, este no obra bien  
 sino cuando se toma con buenos alimentos  
 y bebidas fortificantes, cual el vino, el café,  
 el té. Cada cual escoge, para purgarse, la  
 hora y la comida que mas le convienen,  
 segun sus ocupaciones. Como el causan-  
 cio que la purga ocasiona queda com-  
 pletamente anulado por el efecto de la  
 buena alimentacion empleada, uno  
 se decide fácilmente á volver  
 á empezar cuantas veces  
 sea necesario.

**Jarabe Laroze**  
**DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS**  
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por  
 todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores  
 y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar  
 la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de  
 los intestinos.  
**JARABE**  
**al Bromuro de Potasio**  
**DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS**  
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon,  
 la epilepsia, histeria, migraña, baile de S<sup>o</sup>-Vito, insomnios, con-  
 vulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas  
 las afecciones nerviosas.  
 Fabrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

**Jarabe de Digital de LABELONYE**  
 Empleado con el mejor éxito contra las diversas  
 Afecciones del Corazon,  
 Hidropesias,  
 Toses nerviosas;  
 Bronquitis, Asma, etc.  
 El mas eficaz de los  
 Ferruginos contra la  
 Anemia, Clorosis,  
 Empobrecimiento de la Sangre,  
 Debilidad, etc.  
**G RAGEAS al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

**Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN**  
 HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO  
 que se conoce, en pocion ó  
 en inyeccion ipodermica.  
 Las Grageas hacen mas  
 fácil el labor del parto y  
 detienen las pérdidas.  
 Medalla de Oro de la S<sup>ad</sup> de F<sup>ia</sup> de Paris  
 LABELONYE y C<sup>ia</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

**CARNE y QUINA**  
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.  
**VINO AROUD con QUINA**  
**Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE**  
**CARNE y QUINA!** son los elementos que entran en la composicion de este potente  
 reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto su-  
 mamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas  
 y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estómago y los intestinos.  
 Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas,  
 enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provo-  
 cadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud.**  
 Par mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.  
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.  
**EXIJASE el nombre y la firma AROUD**

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN